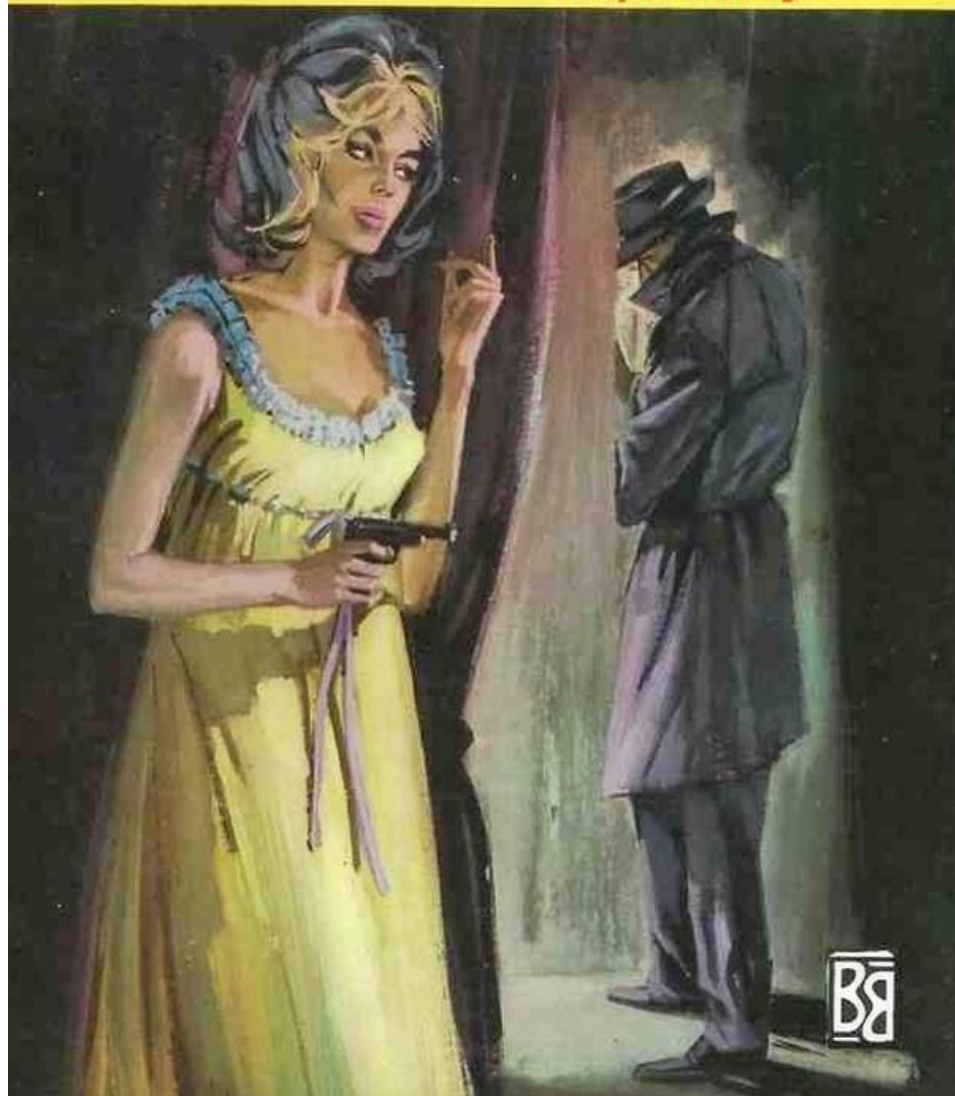


PUNTO
ROJO

un rostro demasiado pálido

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

**UN ROSTRO
DÉMASIADO
PALIDO**

Colección PUNTO ROJO n.º 328

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B. 23.712-1968
Impreso en España-Printed in Spain

1.^a edición: agosto 1968

© RALPH BARBY -1968
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA -1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

547.—La charca del sapo.

En Colección KANSAS:

44.—Los hijos de la loca.

En Colección CALIFORNIA:

609.—Un hombre debe morir.

En Colección BRAVO OESTE:

390.—La maldición del «Trail».

En Colección SERVICIO SECRETO:

902.—Crimen de la cancha.

En Colección SALVAJE TEXAS:

639.—Fort Desconfianza.

En Colección PUNTO ROJO:

326.—La serpiente del «Jamboree».

En Colección ASES DEL OESTE:

479.—Un capataz en apuros.

En Colección BISONTE:

1.061.—Los colmillos de Silver.

El San Francisco Night Club se ubicaba en la calle 45 al este de Chicago y frente a las aguas del hediondo Michigan Lake. En sus cercanías, el puerto y los desagües residuales de la gran urbe.

—¡Hola, Percy! ¿Qué te trae esta noche por aquí? —inquirió a modo de saludo el *barman* grueso, de nariz rojiza y con su inseparable paño blanco sobre el hombro.

—Sírreme algo que se pueda beber y que sea fuerte.

—Muchacho, ya sabes que todo está claro, y lo que tú pides, aún más. ¿Llevas dinero?

El recién llegado no parecía pasar penuria ni tampoco poder vanagloriarse de llevar los billetes liados con una goma.

Era de estatura elevada, delgado y muy moreno. Su rostro poseía un sensible atractivo desde el punto de vista femenino.

—Mira, Joe, ya te pagaré la semana próxima. Tengo un negocio entre manos y voy a tocar pronto de los grandes —explicó con su tono indiferente habitual. Deseaba convencer con énfasis a su interlocutor, mas la desgana intrínseca en él no le ayudaba.

—Lo siento; si no hay... —El empleado efectuó un movimiento con su pulgar e índice, indicando la palabra «dinero», y quedó silencioso.

—Anda, sírreme un jugo de tomate, que para eso aún me quedan unos centavos.

Los dedos ágiles y largos del joven, pues sólo hacía veintitrés años que su madre lo depositara en un cuchitril de Chicago, dejaron sobre el mármol negro de la barra unas monedas.

Sus pupilas grises, metálicas, pasaron por la sala mientras sorbía el espeso líquido.

El público abarrotaba el local y la mayoría hablaba a grandes voces. Todas las mesas estaban completas y las mujeres chillaban más que gritaban. Incluso algunos pataleaban para expresar alegría.

Percy no participaba de aquellas demostraciones, aunque el nuevo ritmo también recorría sus venas. En la pista pequeña y rectangular, un quinteto de color, formado por tres hombres y dos mujeres, se retorcían en mil posiciones sicodélicas.

Algunos comentaban que aquello era arte. Otros aseguraban que era una forma como otra cualquiera de ganar billetes, y ésta era la frase que más imperaba en los nocturnos del insaciable e inseguro Chicago.

Al joven no le atraían demasiado las minúsculas prendas que cubrían los cuerpos morenos de las féminas, poseedoras de senos voluminosos que hacían oscilar a placer.

Frunció el entrecejo y reparó en dos grupos de matones de tugurio, sentados unos frente a otros, alrededor de sendas mesas y teniendo la pista de baile entre medio.

—Oye, Joe, ¿quiénes son esos tipos? —preguntó con su habitual indiferencia.

—Los de la derecha son de la Unión Stockyards, corraleros y peones.

—Por lo visto, los que trabajan en la Stockyards son tipos forzudos.

—Han venido los más matones entre ellos. Desean camorra. Los de la izquierda, por mediación del sindicato ganadero, pretenden hacerles una especie de *racket*. Al menos, eso he oído contar. Lo que sí barrunto es que va a haber bronca y de las gordas.

Los labios de Percy Evans se distendieron en una sonrisa escéptica.

—Entonces será preferible que me largue. No quiero líos con la policía.

Una mano larga, nívea, y que semejaba sangrar por el llamativo color de sus uñas, se posó sobre su hombro.

—¿Tanta prisa tienes, Percy?

El tono de la voz era suave, melancólico, como si escondiera un ligero reproche.

A los catorce años, el hombre ya era condescendiente y frío con las representantes del sexo débil. En la actualidad, a los veintitrés, estaba completamente seguro del dominio de sus nervios frente a ellas.

—Hola, Sandra. ¿Cómo quieres que me quede, si no tengo los malditos diez dólares que vale un doble en tu local? —argumentó, admirando la serena belleza de la juvenil dueña del San Francisco Night Club.

La mujer ajustaba su cuerpo desde el escote, generosamente

bajo, hasta los tobillos, con un traje blanco punteado en plata que armonizaba con el tono platino de su cabello y el gris oscuro de las pupilas.

Sandra le atraía más que ninguna porque, como él, prodigaba indiferencia a quien se le acercaba. No en vano la llamaban «Ice Woman». Percy Evans detestaba a aquellas que, a pesar de haberle entregado sus favores, al amanecer ya le producían hastío, cansancio.

—He creído entender que te ibas por miedo a la «poli».

—Bah, ¿qué más importa una cosa u otra? —contestó con un encogimiento de hombros.

Sandra Dee, con una seña imperante, ordenó a Joe que sirviera al hombre, invitando la casa.

—Ahí va tu whisky, Percy —rezongó el *barman*—. La verdad es que nunca he visto a un tipo que tenga más suerte con las mujeres que tú.

—Será porque no voy tras ellas.

En los labios femeninos, llameantes por el rojo intenso del carmín, afloró una sonrisa al ver consumir, de un solo trago, el doble de licor.

Percy Evans era el único hombre al que ella trataba con cierta confianza.

—¿Satisfecho? —preguntó en un susurro, sabiéndose observada por muchos de los concurrentes al club, ávidos de su extremada belleza.

—Eh, Joe, llénalo otra vez. Paga la casa.

La demanda del joven era segura, sin siquiera mirar al *barman*. Este, antes de obedecer, interrogó con la mirada a su patrona. Esta asintió con la cabeza.

—Lo siento, Percy, te dejo. Toca mi número y hay que mantener la atracción del San Francisco Night Club.

—El público no puede pasar sin ver y oír a «Ice Woman». La verdad, no sé por qué actúas siendo la dueña de todo esto. —Percy acompañó sus palabras con un amplio movimiento de la diestra, tratando de abarcar el local.

—Quizá sea vanidad femenina. Espero que cuando termine no hayas levantado el vuelo.

—Descuida. Por tu whisky y tu belleza seguiré aquí un rato más.

Con un mohín, Sandra se despidió momentáneamente, dirigiéndose a la pista que acababa de abandonar el quinteto de negros.

Cuando la platinada belleza pisó el centro del rectángulo, los silbidos, palmadas y pataleos alcanzaron carácter de estruendo. La animación fue total; no en vano «Ice Woman» era la atracción favorita de los asistentes al club.

La orquestina, compuesta únicamente por un piano, un saxo bajo y un violín, inició una melodía cadenciosa que Sandra recitó más que cantó. Había en ella algo extraño y enigmático que atraía profundamente.

Percy, sabiendo lejos las pupilas penetrantes de la mujer, saboreó su figura con detenimiento. Le atraía, mas no deseaba evidenciar aquel sentimiento ante ella.

De súbito, sus mandíbulas se encajaron, mostrando contrariedad.

Al igual que el resto de concurrentes, algunos de los cuales aplaudían, vio cómo uno de los sujetos pertenecientes al Sindicato Ganadero se levantaba y bailaba alrededor de la cantante, adoptando actitudes soeces y particularmente obscenas.

«Ice Woman» optó por no demostrar miedo y sí indiferencia, aunque intuía que el tipo inmoral y salvaje sería el promotor de una bronca fenomenal. Los pataleos y gritos aumentaron paulatinamente.

—¡A ese cerdo habrá que ponerle la argolla en el hocico! — masculló Percy entre dientes.

Joe objetó:

—Será mejor que no te metas en líos. Está borracho y ya se le pasará. Si alguien le toca, los que le acompañan no dejarán una silla entera.

—¿Y por eso nadie es lo suficiente hombre como para amaratarle los ojos a ese indeseable?

Ante la proximidad del beodo, Sandra dio unos pasos tratando de esquivarlo.

El sujeto, empujado por las exclamaciones de sus compañeros de grupo y el griterío de los concurrentes, se abalanzó sobre ella, ciñéndola por la cintura e intentando besarla.

Ante aquel ataque, la muchacha se defendió con energía.

Los labios del borracho despedían vaharadas agrias, repulsivas.

Al no conseguir escapar, profirió un grito que podía traducirse por una apremiante demanda de socorro.

—Esto ya pasa de la raya —gruñó Percy, saltando del alto taburete.

Anduvo hacia la pista sin precipitarse, despacio, silencioso. Una determinación articulaba todos sus miembros. A su alrededor, el griterío alcanzaba límites insospechados.

La gente, como siempre, deseaba presenciar algo turbulento, emocionante.

Los siglos y la civilización han evolucionado, mas no mediaba gran diferencia entre aquel público y el que asistía a los circos romanos.

Cuando Percy llegó a la altura de la singular pareja, sintió fijas en él las miradas de todos.

Muchos le gritaban que se apartara, pero él permanecía frío, inmutable, seguro de lo que tenía que hacer.

Su mano delgada, perfectamente musculada, cayó como un garfio sobre el hombro del desconocido, obligándole a girar la cara.

—¡Suelta, imbécil! —increpó el asaltante de Sandra, que continuaba en su actitud defensiva, esquivando los labios que querían sellar su boca.

—Amigo, me parece que tienes una nariz muy larga —comentó seriamente Percy, ante el asombro y estupefacción del matón.

—¿Qué, cómo has dicho?

La sorpresa subió de tono y la risa asomó a las gargantas de los presentes al observar cómo el joven, con toda naturalidad, cogía entre sus dedos la nariz del borracho, retorciéndola hasta hacerle saltar las lágrimas.

—Creo que rebajándola un poco... —opinó fríamente.

—¡Dale duro, Peter!

La voz había brotado del grupo formado por los del sindicato.

El llamado Peter, mucho más corpulento que Percy Evans, pues pesaría alrededor de las doscientas libras, se zafó con un tirón de la presa que el joven había hecho a su nariz y que le obligara a soltar a la atractiva «Ice Woman».

—¡Mequetrefe asqueroso, te voy a machacar como a una rata del Michigan! —gruñó, amenazador.

Extendió los brazos con intención de atenazar al joven y

quebrarle los huesos aplastándolo contra su tórax.

—¡Eso lo veremos, amigo! —arguyó Percy.

De hallarse sobrio el matón, se hubiera percatado de que contra la frialdad de su enemigo no era fácil luchar.

El movimiento de las manos de Evans fue seguido por los centenares de ojos que observaban la curiosa pelea.

Cerró las palmas, cogiendo entre ellas la punta de los dedos de su contrincante, y dio una violenta sacudida hacia abajo. Los huesos crujieron y el tal Peter lanzó un alarido de dolor.

Percy lo soltó. No era fácil romper unos dedos tan gruesos y cortos. De ser otro, las falanges ya se hubieran quebrado, pero el tipo resistía.

Dos puñetazos consecutivos, ahora en posición de boxeo, alcanzaron a Peter en el mentón, obligándole a dar unos traspiés y caer finalmente al suelo de espaldas.

En un sector del público, la hilaridad iba en aumento, pero los nervios de los miembros del sindicato comenzaron a tensarse. La reyerta casi se mascaba. El incidente provocado por el individuo ebrio era la pauta que iba a precipitarla.

—¡Cuidado, Percy!

Era Sandra quien gritaba, alertándole.

En la diestra de Peter, un resorte acababa de dejar desnudo un acero que, a la luz de los focos, brilló intensamente.

—¡Ahora te enseñaré quién soy yo! —masculló.

La borrachera semejaba haberse esfumado de su cuerpo. Sólo los globos de sus ojos, enrojecidos, demostraban que el alcohol había corrido a raudales por su sangre.

—¡Vamos, cóselo! ¿A qué esperas? —conminó una voz desde las mesas.

El tipo, envalentonado por el arma que empuñaba, dio un pequeño salto apoyado en las puntas de los pies y la zurda sobre el suelo.

Miró hacia arriba y adelante, como un bulldog dispuesto a saltar sobre el cuello de un ciervo.

Percy Evans, ágil como un bailarín, se elevó en el aire para caer frente a una mesa ocupada por varias parejas, que se echaron atrás instintivamente.

Asió con su diestra el gollete de una botella de cerveza y estrelló

su base contra el borde del tablero.

El estallido del cristal al romperse crispó los nervios de cuantos se hallaban en el San Francisco Night Club, que no pudieron reprimir un escalofrío en su espina dorsal.

La cerveza dorada empapó el mantel blanco. Pronto, el líquido que correría no sería áureo, sino rojo de sangre.

En la mano de Percy había un arma terrible, que casi infundía más respeto que el estilete del matón. Las cinco puntas de las aristas podían segar la carne con más facilidad que una navaja barbera.

—Sí, es cierto, voy a saber quién es Peter, porque de ahora en adelante, si escapas con vida, te llamarán «El Cicatriz» o quizá «El Monstruo». Necesitarán mucho hilo para coser tu cara.

Las palabras del joven, pronunciadas en el silencio denso, causaron el efecto deseado. Peter tragó saliva como si su lengua se negara a admitirla.

—No me asustan tus fanfarronadas —gruñó—. He abierto demasiados bueyes en canal para que tus tripas vayan a resistírseme ahora.

«Ice Woman» se tapó la boca con ambas manos, intentando contener un grito de espanto. Había presenciado muchas peleas en su vida, mas nunca vio a un hombre en tanto peligro como el que ahora corría Percy. La amenaza del matón le infundió pánico.

Peter osciló agachado a media altura. El acero buscaba ávido la carne de su enemigo. De súbito, se lanzó adelante, describiendo un zig-zag horizontal con la navaja.

Percy apoyó las puntas de sus pies sobre el suelo y saltó hacia atrás, escapando a la incisiva punta, que sólo consiguió rayar el botón de su chaqueta a la altura del vientre.

De las gargantas de los concurrentes escapó una exclamación asombrada, augurando un rápido desenlace de la lucha. Las piernas de Sandra, bajo el ajustadísimo vestido que ceñía sus muslos como una segunda piel, temblaron medrosas.

De improviso sucedió lo catastrófico para el club y que dejó en suspenso al público por unos momentos.

Del centro del grupo formado por corraleros y peones voló una botella de whisky en busca de la cabeza del miembro del sindicato.

Percy quedó inmóvil. Estupefacto, vio cómo el casco de vidrio se estrellaba en el cráneo de su contrincante, fraccionándose en varios

pedazos. Los párpados del matón se abrieron desmesuradamente, como si sus ojos desearan escapar de ellos.

—¡Dios mío, lo han matado! —exclamó Sandra, aterrada.

Las rodillas de Peter se doblaron y la navaja de muelle resbaló por sus dedos para ir a hincarse en la madera del piso.

Intentó gritar, mas ningún sonido brotó de su garganta. Al final se desplomó con el cráneo partido, clavando el rostro sobre los cristales rotos y esparcidos por el suelo.

—¡Amigos, hay que cobrar caro lo de Peter! —vociferó un tipo alto, delgado y anguloso, perteneciente al grupo del Sindicato de Ganaderos.

La reacción no se hizo esperar. En escasos segundos, la sala se convirtió en un sangriento campo de batalla. Los gritos femeninos se fundieron con las exclamaciones e imprecaciones soeces de los hombres.

Las botellas fueron utilizadas como proyectiles y las mesas se quebraron al caer cuerpos sobre ellas.

—¡Ven conmigo, Sandra! —apremió Percy.

La cogió por la muñeca, y tirando de ella, la obligó a seguirle.

—Pobre local, van a arruinarme.

—Ya nada puede hacerse.

Un directo del joven impidió que una silla golpeará la cabeza de su acompañante. No se respetaba nada; sólo imperaba el ansia de hacer daño a quien fuera.

De pronto, unos silbatos estridentes actuaron como

16 —

un extraño fenómeno: todo el mundo buscó la salida apresuradamente.

—¡La policía, la policía!

La fuga era inútil. El local estaba rodeado por varios coches patrulla y un grupo de agentes uniformados controlaban la puerta mientras otros tantos se dedicaban a sujetar y esposar a los más irascibles.

—¡Percy, huye! —indicó Sandra, empujándole.

—Sí, será preferible. Ya nada puedo hacer por ti.

Con su increíble agilidad, Percy Evans saltó sobre las mesas, esquivando sillas y cuerpos derribados.

Al tratar de eludir a un agente que pretendía atraparlo, tuvo la

mala fortuna de que las patas de la mesa sobre la que acababa de saltar se partieran.

Perdió el equilibrio y su cuerpo se estrelló contra el suelo.

—¡Ya eres mío! —exclamó el policía, satisfecho.

Percy intentó levantarse, pero la porra del guardián cayó repetidas veces sobre su cabeza.

Cuanto le rodeaba, desapareció de su vista y acabó sumergiéndose en un abismo oscuro y luminoso a un tiempo.

La celda daba al corredor con un enrejado de barrotes gruesos. En el centro se alzaba una puerta estrecha, construida de los mismos barrotes. Sólo el cerrojo y los goznes delataban su presencia. A mitad del pasillo, una bombilla de escasa potencia lanzaba sus rayos tenues.

Percy Evans, en la semioscuridad del calabozo, recorría sus tres yardas una y otra vez como una pantera enjaulada.

La noche de la reyerta en el San Francisco Night Club, todos los aprehendidos en la redada organizada por la policía fueron trasladados a una celda múltiple.

Poco a poco, la mayoría quedaron en libertad, mas el joven, sin explicación alguna, fue trasladado al calabozo solitario que ocupaba en la actualidad.

De súbito se detuvo, amenazando con sus puños los fríos barrotes.

Aplastó el rostro entre dos de ellos. Había oído pasos. Llevaba ya tres días incomunicado, aguardando a que se le dijera algo y se le sacara del mar de confusiones en que se hallaba sumido.

Un manojo de llaves tintineó en la diestra del carcelero. Su faz era severa, grave. Tras él caminaban dos agentes con sendas porras en las manos.

—Tower y Smoll —musitó quedo Percy, al reconocer a los dos policías.

El trío se paró ante la celda. Los agentes le observaron despreciativos y uno dijo:

—Hola, Evans. Por lo que veo, te gustan las jaulas, ¿eh?

—¿Qué pasa? ¿Por qué me han incomunicado? ¡Si sólo fue una simple bronca! ¿Por qué han soltado a los demás y a mí no?

El tropel de preguntas había brotado incontenible de su garganta.

Hasta aquel momento había preguntado vanamente al carcelero; éste parecía mudo. En los tres días no había despegado los labios una sola vez para hablar; todo lo hacía en silencio.

Percy no descubrió en los semblantes de los policías nada que

pudiera salir en su ayuda, al contrario. Daban la impresión de estar dispuestos a mortificarle y descargar sus porras al menor descuido.

—¡Vamos! Y ya sabes, si te pones tonto, nos gustará ver cómo crecen unos cuantos chichones en tu cabezota —silabeó Tower.

Percy le miró con odio y sin proferir palabra se colocó entre los dos guardianes. Luego, echaron a andar por el corredor.

Las celdas que iban quedando a sus lados no ofrecían un espectáculo muy atractivo. Algunos de sus ocupantes estaban tirados materialmente sobre los catres y otros aplastaban sus caras contra los barrotes, como el propio Percy hiciera anteriormente. Escrutaban a los agentes, tratando de adivinar lo que le iba a suceder al joven detenido. Era una forma de no pensar en lo que les sucedería a ellos mismos.

Se abrió una puerta de plancha de hierro cuyo umbral cruzaron, quedando en el interior de una estancia de dimensiones regulares, sensiblemente fría.

Un foco de doscientos vatios, colocado sobre una mesa, era su única luz.

—Sargento Cameron, aquí está el angelito.

Evans observó a tres hombres uniformados y a un cuarto individuo de paisano que franqueaba otra puerta que conducía al exterior. Percy, al reconocerlo, llamó:

—¡Bud!

—¡Percy! ¿Cómo es que estás aquí? —respondió el interpelado, girando su rostro, en el que destacaba una sonrisa sincera.

—¿Y tú? —inquirió el muchacho a su antiguo camarada de correrías y trapisondas.

—Yo, verás...

En aquel instante resonó la voz estentórea e imperativa del sargento Christopher Cameron, que permanecía sentado tras la mesa y medio oculto por la penumbra que le brindaba la parte posterior del foco, cuyo haz de luz se proyectaba sobre una silla que había enfrente.

—¡Bud, lárgate, fuera de aquí, y ya sabes cuál es tu obligación si no quieres que...! Bueno, ya me entiendes.

Bud miró al sargento. No distinguía bien su cara. No obstante, vio unos ojos rojizos, casi llameantes, como los de un cocodrilo deslizándose en la oscuridad nocturna por las aguas cenagosas.

—Sí, sargento, ya me voy. Tendré en cuenta lo que me ha dicho.
¡Adiós, Percy, te deseo mejor suerte!

—¡Fuera!

Al grito de orden, Bud se apresuró a obedecer. Las porras oscilaron en las manos de los agentes.

Evans observó interrogante cómo la puerta se cerraba tras el amigo con el que pasara tantos ratos buenos. No había entendido su mensaje, mas no tardaría en comprender lo espantoso de sus palabras.

De nuevo, la voz de Cameron estalló imperativa, sacándole de su ensimismamiento.

—¡Percy Evans, siéntate aquí, delante de mí, que vea palidecer de angustia tu asquerosa cara!

—Sargento, no tiene usted derecho a insultarme.

Su protesta era válida. Casi simultáneamente se tambaleó a consecuencia del golpe propinado por la porra larga, de plomo achauchutado. El hombro le dolió una barbaridad, como si acabaran de romperle la clavícula.

Giró su rostro iracundo, deseoso de devolver el golpe, mas se encontró con cuatro semblantes sonrientes y hostiles a la vez.

Semejaban desear su rebeldía para golpearle a placer, con saña.

—Espero, imbécil, que ahora comprenderás que te conviene acatar mis órdenes.

Percy, silencioso, resignado a su suerte ante aquel monstruo que desgraciadamente representaba a la ley, se sentó.

El foco, movido por la mano recia del sargento, iluminó cegadoramente su rostro, obligándole a cerrar las pupilas.

—¡Abre los ojos o te arrancaremos los párpados!

La amenaza surtió efecto. Evans, parpadeando ostensiblemente, separó sus pestañas entre las risas irónicas de los guardias. Sabía que nada de lo que dijera sería escuchado; ya había pasado por situaciones similares.

—Estás metido en un buen lío.

—No he cometido ningún delito que pueda imputárseme y trabajo, aunque el dinero que gano no llega ni para pagar un cuartucho indecente.

—No continúes por ese camino o nos veremos obligados a ponerte una corona y llorar tu desgracia. Quiero que sepas que

vigilamos a los tipos como tú. Sabemos que un día u otro caen tras los barrotes de nuestras celdas.

—Entonces, ¿para qué pregunta?

Una mano, de procedencia desconocida, cruzó su rostro brutalmente.

—No quiero insolencias. Te lo advierto por última vez.

El joven se mordió los labios, rabioso. Cegado por la potente luz, no distinguía ninguna cara y el sargento y sus subordinados, en franco abuso de autoridad, lo cercaban con una tangible amenaza.

Era preferible callar o les ofrecería en bandeja lo que ellos ansiaban: motivos para vapulearlo a placer.

—Sabemos que has trabajado como estibador en los muelles. Después, como cargador en el Work Vegetable Center y últimamente te has dedicado a la reparación de automóviles. Asimismo, eres aficionado al póquer y a mezclarte con individuos de dudosos antecedentes. Has sido tan idiota que te has dejado envolver por nuestra red, y te prometo que te vamos a empapelar a perpetuidad, para que tus huesos se pudran en el lóbrego calabozo de una penitenciaría y no salgas de él si no es para ir a tu propio entierro.

Las mejillas de Percy pasaron del rojo más intenso a una palidez cadavérica. Sin lograr refrenar la vehemencia de sus razones, arguyo:

—Pero, ¿a qué viene todo esto? ¡No he cometido ningún delito por el que puedan acusarme! Quiero un abogado, no pueden hacerme esta marranada... ¡Cadena perpetua, eso es imposible y absurdo!

Sin ver el rostro del sargento, Percy intuyó su actitud fría, maquiavélica y desconcertante. Era como un mastín que ha apresado a su víctima y no piensa soltarla.

—¿Terminaste? —inquirió, sinuoso.

—Por ahora, creo que sí. De nada me serviría continuar hablando. Un abogado me defenderá mejor.

—Es inútil. No voy a concederte el privilegio de dialogar con nadie, y métete en los sesos que vas a bailar al son que a mí me dé la gana. Escucha bien...

Evans tuvo que hacer un violento esfuerzo para no arremeter contra Cameron.

El calor del foco y la ira que le invadía perlaron su frente de sudor. Una cadena perpetua era peor que una condena a muerte, según su criterio.

—Nadie, ninguna de tus amistades, conseguirá que abandones el lugar en el que pasarás el resto de tu vida.

—¡No lo logrará, sargento, no lo logrará! —masculló Percy.

—Tower, Smoll, calentadlo un poco para que aprenda a escuchar sin interrumpirme.

Percy trató de levantarse y defenderse instintivamente, mas los otros dos agentes, Willy y Low, lo sujetaron fuertemente a la silla, colocándole las manos tras el respaldo.

—¡Suéltense, cobardes!

—Ahí va esto, para que chilles como los cerdos en el matadero.

Tower descargó la demoledora porra sobre el vientre de Percy Evans, cortándole la respiración y produciéndole un dolor infinito en el sector castigado.

—No le peguéis en el cuerpo, no quiero que esto tenga consecuencias. Dadle en las piernas.

—O. K., sargento.

Ambos policías asintieron y golpearon repetidas veces los muslos del detenido, obligándole a soportar el dolor de un modo heroico.

—Basta. Si hace falta, ya reanudaréis la sesión.

Al mandato de Cameron, los agentes se retiraron unos pasos, dando pequeños golpes con la porra en sus respectivas palmas, como si con ello dieran un aviso. Low y Willy, por su parte, le soltaron las manos.

Percy se dobló por la cintura. Sus brazos cayeron sobre el borde de la mesa, cruzándose, y su cara se hundió en ellos mientras la agitada respiración escapaba por sus labios.

El suboficial de la Metropolitana, con paciencia no característica en él, aguardó unos minutos a que se repusiera. Cuando Percy se echó hacia atrás, con los ojos enrojecidos y las piernas completamente inmóviles, continuó:

—Hace cuatro noches, en el San Francisco Night Club, fue asesinado un miembro del Sindicato Ganadero. Le estrellaron una botella de whisky en la cabeza.

—Yo no fui. La tiraron de un grupo de borrachos —protestó.

—Los testimonios presenciales han declarado que tú peleabas

con él y que al final le rompiste la botella en el cráneo.

—Yo no lo maté, le repito que yo no fui.

—No voy a decirte que lo siento, porque no sería verdad, pero estás copado. Se te va a empapelar por homicidio. Ya sé que no te llevarán al patíbulo, pero nadie te va a librar de la cadena perpetua.

—No pueden condenarme, yo no lo maté. Lo repetiré una y mil veces y encontraré testigos que corroboren mis palabras.

—Es inútil, no vamos a dejar que los busques. Además, también pasaremos informe al Federal Bureau of Investigation conforme tenías LSD en tu poder.

—¡Eso no es cierto!

—No te preocupes, que encontraremos pruebas y testigos que afirmen que comerciabas con drogas. Ya ves que tenemos otro modo de empapelarte por mediación del FBI, porque con darle este parte, estás listo. Es buena esta ley que dice que hay que ser rígidos con los maleantes.

Percy se estremeció. Aquellas palabras eran duras.

El porvenir, incomprensiblemente, se estrechaba ante él, amenazando con aplastarlo. Comprendía que aquella pesadilla de horror no desaparecería. Unos barrotes de hierro constituirían su mundo.

En aquel momento se abrió la puerta que conducía al exterior.

Penetró en la estancia un nuevo personaje, vestido de paisano. Cerró tras de sí y avanzó hacia el centro, decidido. Los agentes le cedieron el paso.

Evans, percatándose de su llegada, le observó atentamente.

Ante él, un hombre de estatura baja, cuello corto, cabeza casi unida al tronco y espaldas anchas, de potente musculatura.

Su rostro, en el que destacaban grandes entradas, estaba despiadadamente marcado por la viruela.

—Ah, pero si es nuestro buen amigo Percy Evans —dijo a guisa de saludo, apoyando su diestra sobre el hombro del atribulado joven.

—Teniente...

El sargento quiso continuar hablando tras levantarse de su butaca, mas el teniente Barry Pittsburg le detuvo con un ademán, acomodándose sobre la mesa frente a Percy Evans.

—No se moleste, Cameron. Estoy bien aquí. ¿Qué tal se ha

portado nuestro amigo?

—Le estaba informando, con todo detalle, de cuál es su situación.

—Bien, muchacho, espero que habrás empezado a comprender. A propósito, parece que no te alegra verme.

El interpelado no contestó. Conocía por referencias el sadismo de aquel hombre, aparentemente simpático, aunque de aspecto físico horrible.

Al quedar sentado sobre el escritorio, los pies del teniente se balancearon en el aire. De repente, uno de ellos salió disparado, hundiendo la puntera de su zapato en el costado de Percy.

—Cuando pregunto me gusta que contesten. La verdad es que tu opinión no me importa demasiado, aunque a ti sí te interesará la mía.

Pittsburg buscó un cigarrillo y un agente se adelantó, ofreciéndole uno de los suyos. Otro le prendió fuego.

—Gracias.

Dio una chupada al cigarrillo. Luego, expulsó una gruesa bocanada de humo, prosiguiendo:

—Posees una agilidad digna de un bailarín; no en vano algunos te han apodado «El Mosca», y creo que cuando te detuvieron en ese tugurio también volabas. Muchos cacos de viviendas y comercio envidian tu agilidad, tu destreza incluso para trepar por las paredes.

—Sí, pero da la casualidad de que yo no soy ningún «topero» —atajó el joven, indignado.

El teniente, que había tomado el mando del interrogatorio, agregó:

—Ahora te tenemos en custodia, dispuestos a entregarte al fiscal del distrito por consumición ilegal de LSD y homicidio en primer o segundo grado; eso ya se encargará de dilucidarlo el fiscal. Lo importante, como ya te habrá dicho el sargento Cameron, es que de la cadena perpetua no te escapas.

—¡Repetiré una y mil veces que soy inocente!

—¿Y quién te va a oír? No seas iluso, estás en mis manos. No posees ningún dinero que te permita contratar un abogado decente, y el de oficio se guiará por lo que nosotros le digamos.

Barry Pittsburg tomó unos folios mecanografiados, mostrándolos a Percy.

—¿Ves estas hojas? Aquí están especificados todos los cargos contra ti. Claro que yo, en lugar de entregarlos a nuestro buen amigo el fiscal William A. Krigte, puedo guardarlos bajo llave y tú circularías nuevamente libre por Chicago. No obstante, en el momento que te desmandases, estos informes seguirían su curso normal.

—Me ofrece la libertad, ¿a cambio de qué? —inquirió el joven, escrutador.

—Muy sencillo. Sólo tendrás que colaborar con nosotros.

—¿De qué modo? —fue la pregunta, rápida y apremiante, de Evans ante la angustia de verse encerrado.

—Verás, nosotros pondríamos a tu disposición todos los medios. Los agentes verían y no verían tus trabajos.

—¿Me propone que cometa delitos en su favor? —inquirió Evans, parpadeando perplejo.

—Exacto, veo que comienzas a entender. A la policía no se nos paga demasiado y los que tenemos más ambición, como nosotros seis, hemos de buscar algo para obtener unos ingresos extras.

Las pupilas grises de Percy se achicaron. Sintió náuseas y repugnancia hacia aquellos tipos que, escudados en la insignia de la ley, eran unos delincuentes comunes y sin escrúpulos.

—Lo siento, no pienso robar y exponerme para unos ladrones que no quieren mancharse las manos y si embolsarse el dinero.

La diestra del oficial cruzó dos veces las mejillas de su víctima, dejando los dedos marcados.

—Modera tu lenguaje y recapacita... Te ofrezco una oportunidad para que sigas libre a cambio de una insignificancia. ¿Prefieres pudrirte en vida dentro de una mazmorra? Te convertirás en un pájaro doméstico, siempre tras las rejas.

Los labios de Percy continuaron prietos mientras su frente, a través del copioso sudor, dejaba traslucir la terrible lucha interior que sostenía.

Había caído en una trampa maquiavélica, urdida y planeada por la ambición de unos tipos execrables, y no veía escapatoria.

—Aguarda un momento, voy a darte una sorpresa.

Pittsburg, irónico, saltó de su improvisado asiento, desapareciendo por la puerta que utilizara para entrar.

Evans le siguió con las pupilas, ignorante de la nueva artimaña

que iban a emplear contra él.

—Presta atención a cuanto te diga el teniente.

Percy ya no oía nada. Sus dedos, nerviosos, se entrecruzaron, deseando contenerse.

Barry Pittsburg no tardó en regresar, acompañado de una anciana de aspecto humilde y cabello gris. Sus ojos y espalda se aunaban para demostrar un cansancio no sólo debido a los años, sino a las penalidades que se había visto obligado a soportar.

—Aquí hay una señora que quiere verte —indicó Pittsburg, cortando el avance de la mujer hacia Evans.

—¡Hijo! ¿Qué has hecho?

—Madre, no he hecho nada, se lo juro.

—Mistress Evans, su hijo está en una situación apurada y muy delicada. Si no nos hace caso, lo condenarán a cadena perpetua. ¿Sabe lo que quiero decir?

La anciana le miró entre asustada e interrogante.

El teniente sonrió hipócrita, agregando:

—Pues que le encerrarían en la cárcel para no dejarle salir nunca más. Pasaría su vida dentro de un calabozo, detrás de unas rejas...

—¿Por qué has llegado a esto, Percy? —musitó la mujer con los ojos húmedos.

—Madre, le he jurado que no he hecho nada, que todo es mentira, mentira —aseguró, vehemente.

Las lágrimas resbalaron silenciosas por las mejillas femeninas. Ella no podía entender el complot tendido a su hijo.

—Dígale que nos obedezca. Nosotros sólo pretendemos ayudarle, y si nos hace caso, le pondremos en libertad, porque somos generosos y queremos su regeneración.

—Percy, ya lo oyes. Deja la mala vida, no frecuentes más esos tugurios. Obedéceles... Ellos te encauzarán por el camino del bien y del trabajo.

—¡Madre, usted no comprende, son unos canallas, quieren que...
!

Un golpe de porra en pleno rostro cortó su explicación de angustia y protesta.

La anciana se llevó las manos a la cara. No soportaba ver pegar a su hijo de aquella forma.

—De acuerdo, estúpido, tú lo has querido. Te pudrirás en la cárcel si no puedo hacer que cuelgues de una horca —increpó Barry Pittsburg, áspero e irritado.

La mujer semejó querer contener las palabras tan significativas del teniente, pero un ahogo la impidió hablar. Intentó avanzar hacia su hijo, mas las piernas se le doblaron y acabó por desplomarse de bruces contra el suelo.

—¡Madre! ¿Qué le pasa? —gritó Percy, asustado, al presenciar el dolor y la caída de su vieja.

Saltó de la silla para correr hacia ella, pero las manos huesudas de Low y Willy le atenuaron. Con dos sacudidas salvajes se desprendió de los agentes.

El sargento Cameron trató también de sujetarle, pero recibió un directo en la boca que lo hizo retroceder.

—¡Acabad esta escena de una vez! —ordenó el teniente.

Tower y Smoll descargaron sus porras contra la cabeza y espalda de Evans.

El joven se encorvó, cayendo de rodillas. Con las manos intentó preservar su cuerpo del suelo, pero los golpes llovieron sobre él.

Por sus oídos, nariz y labios, escapaban hilillos de sangre.

Finalmente, quedó inerte.

Percy Evans dio la última chupada al cigarrillo consumido que estaba a punto de quemar sus labios. Lo arrojó por la ventana y después miró a través de ésta.

La luna llena, completamente redonda, iluminaba los tejados de los edificios del East Side de Chicago.

Consultó su reloj y las saetas le indicaron que ya era la una y media de la madrugada. Cerró el ventanal. Dio unos pasos por el cuartucho que habitaba y acabó por detenerse ante la cama.

Observó con odio los objetos que destacaban sobre la colcha amarillenta. Pausadamente, se ciñó el estómago con la faja, de la que pendían unas ganchuzas, alicates, llave inglesa, una linterna y la palanqueta. Después, introdujo en su bolsillo una bolsa de lona.

Contempló fijo, por unos instantes, una navaja automática, larga y estrecha. La cogió y la hizo saltar en la palma de su mano. Apretó el botón y con un chasquido siniestro emergió la hoja desnuda, brillante y amenazadora.

Hizo oscilar unos momentos su cabeza en señal negativa. Se aproximó a la pared y apoyó la punta del estilete en ella. Escondió de nuevo la hoja y después la depositó en uno de los cajones del desvencijado armario.

Estaba malhumorado. No deseaba hacer nada, mas la minutería de su reloj avanzaba implacable.

Se colocó la chaqueta y cubrió la faja de las herramientas. Luego, se encasquetó el sombrero negro y calzó los guantes del mismo color.

Dio un último vistazo a la estancia. Le pareció bien y ya se dispuso a abandonarla, cerrando la puerta con llave. Sin hacer ruido, como una sombra, descendió la escalera y pisó el empedrado.

Recorrió a pie varias calles hasta llegar a la 45th Street.

Casi formando esquina estaba el edificio de la Fluvial Navy Corporation. Pittsburg la había elegido como lugar de acción y todo estaba preparado.

El joven se detuvo ante la amplia puerta, tipo persiana, que cerraba las dependencias de la importante compañía naviera.

Miró a un lado y a otro. Sólo distinguió la luz de una serie de farolas, disputando su reino a la oscuridad. A intervalos, algún automóvil fugaz alumbraba con sus ojos eléctricos la escena.

Al fin, se decidió. Se agachó y comprobó el candado que atenazaba la puerta metálica y la argolla que sobresalía del suelo.

Nervioso, tomó a mirar en derredor. Como si todo se conjurase a su favor, nada ni nadie estorbaba su trabajo. Ni siquiera la obligada ronda del agente de turno.

Le pareció sencillo el candado y en lugar de levantar la puerta con la palanqueta de acero, optó por utilizar una de las ganzúas.

Prefería no pensar en aquellos momentos. Absurdamente, le habían envuelto en una trampa letal y ahora se hundía en el fango de la delincuencia.

La ganzúa, delgada y eficaz, penetró por el hueco de la cerradura. Eran momentos penosos, de gran tensión nerviosa. Por espacio de unos minutos, que para él resultaron siglos, sus dedos manipularon hábiles en la herramienta y ésta hurgó en el interior del mecanismo.

Un suspiro de alivio distendió su pecho. El chasquido sonoro le comunicó la toma de su primer objetivo. Luego, se apresuró a dejar libres las dos argollas que para salvaguardia de la compañía habían permanecido unidas.

Por última vez miró a un lado y a otro. Sus mandíbulas se contrajeron y su oído se agudizó. El ruido inconfundible de múltiples pisadas se aproximaba por la calle lateral.

Buscó ansiosamente un lugar para esconderse. No tenía tiempo de penetrar en el edificio ni de hallar algún rincón que ocultara su cuerpo a quienes se acercaban. Además, sabía que la Fluvial Navy Corporation tenía un vigilante nocturno particular.

Palabras y risas llegaron a sus oídos. De las sombras surgieron tres personas, un hombre y dos mujeres. Ambas féminas iban cogidas a los brazos del hombre y el trio, no demasiado seguro, caminaba por la acera en dirección a Percy.

De una posición estática, con el candado y la ganzúa en el bolsillo, el joven pasó a una fase de naturalidad. Extrajo un cigarrillo del interior de un paquete y luego un sobre de fósforos.

Su tacto no estaba mermado a causa de los guantes. Había practicado mucho con ellos puestos. La cerilla se incendió y

propagó su llama a la punta del pitillo. En aquella ocasión, Percy inclinó la cabeza, cubierta por el sombrero, hacia el grupo de noctámbulos, escondiendo así su cara.

El trío conversaba trivialmente. Las picaras agudezas de las hembras desataban la hilaridad masculina. No cabía duda: por su aspecto, de que ambas vivían en el arroyo de la gran ciudad, probablemente bajo el control de cualquier club de baja categoría.

—¡Eh, amigo, vente con nosotros! Somos dos y éste no creo que pueda...

Una doble carcajada femenina subrayó la llamada de la primera.

El joven, sin volver la cabeza, observó de soslayo el rostro pintarrajeado, el cabello negro y brillante y la figura de la mujer, casi partida en dos por la estrecha cintura. Aquello último es lo que le pareció mejor.

—¿Has visto, Carol? Mucho reír, pero ese tipo ni te ha hecho caso —siseó socarrón el hombre que las llevaba sujetas.

—¡Oye, tú! ¿Es que no valgo bastante o es que estás en la acera de enfrente? —interrogó irritada Carol ante el silencio de su amiga y la broma del crápula.

El mutismo, en apariencia despreciativo, de Evans, la ofendió.

Percy se percató de que la situación era peligrosa y podía desembocar en un espectáculo callejero, estropeando su trabajo.

Ello causaría la lógica ira en el teniente Pittsburg y sus secuaces. Por tanto, expulsó una bocanada de humo y avanzó indiferente hacia la bocacalle, aparentando ignorar la presencia del grupo.

—¡Se habrá visto bicho semejante! —increpó Carol, deseosa de provocar al joven y enfrentarse con él.

—Olvídalo. Por lo visto no somos lo suficientemente finas para ése —agregó su compañera de correrías.

—¿Poco finas? ¡A ver si lo preferirá de oro o envuelto en celofán!

—¡Como un bombón! —El noctámbulo, tras su ocurrencia, estalló en una ruidosa carcajada.

En aquel momento, Percy desapareció de su vista al doblar la esquina.

Apoyó la espalda contra la pared y descansó. Había estado a punto de ser sorprendido y la tensión nerviosa le dominaba.

En su mente rebotaban una y otra vez las amenazas del

maquiavélico teniente.

—Si te sorprenden en tu trabajo, no obtendrás protección de nosotros; todo lo contrario. Te perseguiremos hasta que caigas acribillado a balazos, estés donde estés. Comprenderás que no nos interesa que de tu boca salga una sola palabra.

Le parecía como si su cuerpo se hallara envuelto en una tela de araña espesa y pegadiza y aquella asquerosa alimaña, monstruosamente mayor que él, se dispusiera devorarlo sin tener la más mínima posibilidad de defensa.

Transcurrió el tiempo necesario. Asomó su cabeza por la arista del edificio que dividía las dos calles y escrutó a todo lo largo de las aceras y la calzada. El grupo ya había desaparecido.

Regresó a la puerta de la Fluvial. La entrada ya no podía ser excesivamente laboriosa: el candado estaba en su bolsillo.

Las manos, protegidas por los guantes, comenzaron a levantar la puerta pulgada a pulgada.

Ponía la máxima atención en que no se produjera ningún ruido que alertara al guardián. Según los informes que poseía, siempre estaba vigilando una puerta de emergencia, situada en la parte posterior del edificio y que utilizaba para entrar y salir.

Logro subir la puerta metálica unos dos pies y decidió no continuar el levantamiento.

Se estiró en el suelo y su cuerpo se deslizó hacia el interior. Una vez conseguido su propósito, se apresuró a bajar la persiana, dando de este modo un aspecto normal a la entrada.

De pie, en la oscuridad, se desprendió del candado. Guardó la ganzúa y sacó la linterna de la faja de lona que rodeaba su estómago.

Oprimió el resorte y el halo de luz se prolongó. Mientras, recordó que la caja de caudales estaba en el cuarto piso.

Pasó por distintas oficinas hasta llegar al comienzo de las escaleras. Ascendió por ellas, dominando los ruidos y con cierta seguridad. Nada le advertía de una posible sorpresa por parte del vigilante.

Uno tras otro, los pisos quedaron bajo sus pies.

El foco de la linterna iluminaba ya los últimos peldaños conducentes a la cuarta planta, donde se ubicaban los despachos de la dirección y caja central.

Sus pasos eran ligeros, apenas rozaban el suelo.

El cono de luz se estrelló contra el número colocado sobre el marco de la puerta.

—El tres. Ya he llegado.

La proyección de la linterna bajó, deteniéndose ante un rótulo negro con letras blancas.

—«Caja». Ya no hay confusión.

Apagó la linterna y apoyó su mano sobre el pomo, que en principio no cedió.

Probó acto seguido con las ganzúas, mas al parecer allí habían colocado una cerradura especial y optó por emplear la palanqueta seguidamente.

El forcejeo tensó todos sus músculos. Al fin, la madera crujió y saltaron varias astillas con el ruido consiguiente, que a Percy le resultó infernal.

Penetró en la oficina e inmediatamente dio con la caja de caudales. Antes de poner sus manos en ella, palpó el zócalo que estaba delante. Disimulado, halló el timbre de alarma. Lo inutilizó con los alicates, esquivando de este modo el primer peligro.

Despojó su diestra del guante y lo introdujo en el bolsillo. Con el sobre de cerillas raspó las yemas de sus dedos. Luego, aplastó su oreja contra la fría puerta, comenzando a manipular en los mandos.

Un suspiro de alivio escapó de sus labios. La hoja de acero, con un espesor superior a las dos pulgadas, había cedido.

La linterna iluminó las entrañas crematísticas de la Fluvial Navy Corporation.

Percy Evans no se detuvo a contemplar el papeleo. Calzó de nuevo el guante y sin miramientos arrojó al suelo cuanto no le interesaba.

En el interior de la bolsa de lona colocó los fajos de billetes que encontró, ni un solo centavo pasó a su bolsillo particular.

Una vez realizado el trabajo, abandonó el despacho y bajó las escaleras rápidamente hasta llegar a la primera planta.

Afanosamente, buscó una ventana que diera a la calle 47, a pocas yardas de la 45. Abrió las vidrieras y consultó su reloj: Eran las tres menos cinco, la hora acordada.

Lanzó dos silbidos cortos y uno prolongado.

La contraseña recibió una respuesta idéntica.

Percy asomó la cabeza y bajo sus ojos apareció un coche patrulla de la Metropolitana. Se abrió la portezuela y salió el agente Smoll.

Por unos instantes, Percy miró la bolsa obsesivamente. Luego, la arrojó por el ventanal sin querer ver lo que pasaba. A sus oídos llegó el cerrar de la portezuela y el ronroneo del automóvil al alejarse del lugar del suceso.

—Todo ha salido a la perfección y yo me he convertido en un ladrón...

Las palabras escaparon de sus labios como un reproche. Luego, se dispuso a abandonar el piso para bajar a la planta y desaparecer por ella.

De súbito, su codo vuelca un foco de mesa que cae al suelo con gran estrépito.

Presintió el peligro y corrió hacia la escalera, dispuesto a bajar por ella. Sin embargo, una voz, al final de la misma, interrogó, deseando descubrir la causa del ruido:

—¿Quién anda ahí? ¡Alto o dispararé!

Percy Evans se pegó a la pared, empezando a notar un sudor frío en su frente. Nadie podía ayudarlo, estaba solo contra el mundo.

La linterna del vigilante, gruesa y potente, recorrió con su haz las puertas y paredes.

Antes de que la luz le descubriera, Evans corrió escaleras arriba sin ninguna precaución y provocando el ruido consiguiente.

—¡Alto, alto!

El guardián, armado con un grueso y pesado «Colt» del 45, disparó dos veces hacia el lugar donde acababa de pasar Percy. Las detonaciones, en el silencio nocturno, sembraron cañonazos.

El vigilante se percató de que el ladrón era demasiado ligero y llevó el silbato de alarma a sus labios. Lanzó prolongados pitidos al tiempo que corría escaleras arriba, intentando cazarle o al menos intimidarle con los disparos de su voluminoso revólver.

Percy Evans era una fiera acorralada por un azar del destino. Miró por la ventana del quinto y último piso y buscó una escapatoria plausible. Tras él, el viejo jaleaba subiendo los peldaños.

A tres yardas de distancia y a unos cinco pies más abajo, estaba el terrado de la casa contigua. En medio, el hueco impenetrable de cinco plantas de profundidad.

Sin embargo, no tenía otra salida y, decidido, se situó sobre el alféizar del ventanal.

Flexionó sus piernas y se arrojó al vacío ante la sorpresa y estupefacción del vigilante, que acababa de descubrirlo. Una exclamación ahogada escapó por la boca del viejo:

—¡Dios mío, se ha matado!

No obstante, el sorprendido anciano no tardó en ver cómo el asaltante corría por la azotea del edificio adjunto.

—¡Alto! —repitió.

Disparó, deseando hacer blanco en aquella sombra que se escurría a su mirada.

En aquel momento, la sirena estridente de un coche patrulla rasgó el aire.

Percy Evans lo observó breves instantes y vio cómo los agentes salían de él armados con fusiles y metralletas.

Posiblemente era el mismo auto que recogiera el botín del robo.

La rabia lo devoraba. Presintió que ansiaban cazarlo y silenciarlo para siempre, pues la ocasión se mostraba propicia para tan criminal fin.

—¡Ahí está, es un ladrón! —vociferó el vigilante, haciéndose escuchar por la policía mientras con su potente linterna buscaba al fugitivo.

Dio con él cuando el joven se disponía a saltar sobre otra azotea, poniendo tierra de por medio.

El tableteo de las metralletas y el ladrar de los fusiles ligeros llamó la atención del vecindario y múltiples luces iluminaron las ventanas. Tras ellas, ojos curiosos deseaban contemplar la caza del hombre.

Las balas silbaban siniestras en torno a Percy. Una de ellas consiguió rozarle el muslo, tiraban a dar.

Evans no pudo contener una colérica exclamación:

—¡Malditos hijos de perra; todavía que es por culpa suya!

No esperó más y, haciendo honor a su mote, se lanzó nuevamente al vacío. No en vano le apodaban «El Mosca». Los proyectiles, implacables, le persiguieron en su letal vuelo.

En aquella ocasión cayó en el interior de un balcón.

Rompió con su cuerpo las cristalerías que le impedían el paso y se introdujo en el inmueble, dedicado a oficinas a juzgar por su

aspecto.

De aquel modo, escapó al encañonamiento a que le sometiera la «bofia», como él la llamaba.

En la calle, gritos, órdenes e imprecaciones. Llegó otro coche con refuerzos.

Se disponían a rodear el edificio mientras el guardián de la compañía naviera, que ya había descubierto el robo de la caja, explicaba lo sucedido gritando a pleno pulmón, como si hubiera cambiado su profesión por la de pregonero oficial.

Percy corrió por los despachos en dirección a la parte posterior, lugar no visible desde la calle 45.

Abrió una ventana de guillotina y, al asomarse, descubrió un canalón de desagüe. Sin dudar, salió por ella y cerró desde el exterior para despistar a sus perseguidores.

Comenzó a descender por el canalón como un simio. La herida le escocía ligeramente, mas no podía detenerse a pensar en ella. Había problemas mucho más acuciantes.

Cuando tras ímprobo esfuerzo logró bajar tres pisos, saltó encima de un tejado que reconoció. Pertenecía al San Francisco Night Club. No oyó ningún ruido y pensó que, a la hora que era, las puertas ya estarían cerradas.

Corrió por las tejas, seguro de su propio equilibrio. Debía desaparecer de allí cuanto antes o, de lo contrario, lo convertirían en una criba llenándolo de plomo.

En la parte frontal, comienzo a la vez del tejado, se alzaba una pared en la que destacaba una ventana entreabierta, como si desearan que por ella penetrara el fresco de la noche.

Sin vacilar, Percy corrió hacia el muro.

Sus manos enguantadas empujaron la hoja encristalada y, de un salto, penetró en la alcoba. De súbito, la luz se encendió.

Lo primero que saltó a su vista fue el brillo de una «German-Luger» encañonándole.

—¡Percy! ¿Cómo tú aquí?

El hombre miró los ojos asombrados de Sandra Dee, la propietaria del San Francisco Night Club, que está incorporada en el lecho.

—Me persigue la «bofia».

—¿Por qué? ¿Qué has hecho? —inquirió ella apreciante, ansiosa

por conocer la situación del hombre.

—Deja de apuntarme y cierra la luz, a menos que quieras que te conteste bajo seis pies de tierra —indicó seco y autoritario.

La mujer se apresuró a obedecer. Junto a Percy, su orgullo y su frialdad se desvanecían, no importándole hacer cuanto él ordenara.

Evans, sin prestarle atención, cerró la ventana y miró a través del cristal, corriendo un tanto los visillos.

—¿Están cerca los «polis»? —inquirió Sandra, tratando de que su voz no resultara demasiado audible.

—Creo que he conseguido despistarlos. Me buscarán en otro edificio.

—Sí, no es fácil dar con «El Mosca» cuando vuela por los tejados.

—Exacto, pero te aseguro que por poco me atraviesan en el aire. ¿No has oído los disparos?

Para las pupilas femeninas, la figura del hombre se recortaba en la ventana, perfilada por el contraluz lunar. El continuaba observando por entre las cortinas.

—Sí, los he oído entre sueños.

Un silencio agobiante tensó la atmósfera. Hasta ellos llegaban las sirenas policiales, un tanto amortiguadas por la distancia.

—Parece que se van —opinó la cantante mientras las retinas de ambos se aclimataban a la luz tenue que bañaba la habitación.

—Sí, estarán hartos de buscarme. Habrán puesto una guardia en todas las salidas, esperando que salga, y otra en los tejados, por si me descubren en ellos. Lo malo para la «bofia» es que he cruzado su cordón.

—Aquí puedes esconderte el tiempo que necesites.

—Gracias, Sandra. La verdad es que no esperaba menos de ti.

La mujer, después de depositar el arma en el cajón de la mesilla, se levantó del lecho y calzó sus pies con las mullidas zapatillas.

Oculto su belleza en el vaporoso camisón, avanzó hacia el hombre. Lo cogió por el brazo y clavó sus ojos en los masculinos, deseosa de escrutar su conciencia.

—Percy, ¿puedes explicarme por qué te persigue la policía?

Evans se giró, enfrentándose con la cantante conocida en el nocturnal Chicago como «Ice Woman».

Sin embargo, para él transformaba el *ice en fire*.

Enlazó con sus manos el talle estrecho. Sus pulgares se tocaban, mas no la atraía hacia sí.

Despacio, pausadamente, repuso:

—Te parecería tan increíble lo sucedido que no vale la pena explicártelo. Lo que sí puedo decirte es que acabo de robar la caja de la Fluvial Navy Corporation.

—¿Has matado o herido a alguien? —interrogó Sandra, con la angustia atenazada a su garganta.

—No, no llevo arma alguna; sólo las herramientas de trabajo. En cambio, ellos se han cansado de disparar contra mí.

—Si te pido que devuelvas el botín, ¿lo harás?

Esta vez, él oprimió el cuerpo femenino, deseando sentir el calor que emanaba de ella y también ocultar el rostro a su inquisitiva mirada.

—No, eso es imposible.

—¿Imposible?

—Sí, porque ya se lo han llevado los forjadores de este atraco.

—¿Para quién trabajas?

—Eso ya te lo explicaré más adelante. Ahora no serviría de nada.

Percy Evans quitó su diestra de la cintura de Sandra y hundió sus dedos en el platinado cabello. Besó los labios rojos y trató de dejarse llevar por la pasión cuando unos movimientos bruscos de la mujer le apartaron.

—¿Por qué te pones tonta ahora? —inquirió irritado, contemplando a la joven, que se había distanciado un par de yardas.

—No, Percy, no, esto no puede ser. Tú me gustas y bien que lo sabes, pero no deseo amar a un ladrón que acabará por pudrirse en la cárcel, porque todos, un día u otro, vais a parar a ella.

—¡Calla! —gritó exasperado y fuera de sí, ante las injustas palabras de la mujer, cuyo contacto le enerva.

Sandra le miró con piedad y dureza a la vez.

Percy rompió el silencio para silabear:

—¿Me acusas? ¿Es que acaso tú no eres también una delincuente?

—No te entiendo.

—En este local se utilizan las drogas.

—Sí, es cierto, pero no las vendo yo ni puedo hacer nada por evitarlas. En cualquier local de Chicago encontrarás sujetos

execrables que se dedican a comerciar con ellas. No me siento responsable porque unos viciosos se dopen, pues no está en mi mano librarlos de ese vicio.

—Sí, ya sé que han registrado tu local y no han hallado drogas. Me lo dijo el propio Pittsburg.

—Sí, y ese policía indecente me ha amenazado con hacer cerrar el local si no le entrego mil dólares. Me hace un *racket* declarado y denigrante. Ya ves cuál es mi ganancia.

—Diablos, ese rufián no se anda con chiquitas. Estruja a todo bicho viviente que cae en su demarcación. Lo malo es que son sus acusaciones las que valen.

La mujer, inmóvil, con la belleza de su busto destacando en la tela semitransparente, musitó:

—No continúes por ese camino, Percy. Cualquiera día, en tus correrías por los tejados, se habrá acabado tu vida. Al menos, por la memoria de tu madre, deberías mantenerte en un trabajo honrado.

—¿Qué dices, por la memoria de mi madre? ¿Es que ella...?

—¿No lo sabes? —exclamó Sandra, sorprendida.

El hombre avanzó y sus dedos, como garfios, se clavaron en los hombros redondos y cálidos de la mujer. Sus ojos relampaguearon de furor.

—¿Qué le ha sucedido?

—Es extraño que lo ignores. Creí que te lo habían dicho. Murió cuando estuvo a verte en la Police Station, de un ataque cerebral.

Evans soltó a la asustada Sandra y se lanzó sobre la cama, todavía tibia. Golpeó las sábanas con su puño, poseído de una furia brutal.

—¡Malditos, y no me lo han dicho, malditos, malditos!

La mujer se aproximó a él. Al tocarlo, su mano quedó húmeda.

—Percy, estás sangrando...

—¡No importa; lo que deseo es morir o matar, malditos puercos!

Sandra localizó el lugar exacto de la herida en el muslo y sin más preguntas le quitó la faja de herramientas. Aflojó después el cinturón que sujetaba el pantalón y tiró de las perneras.

—Hay que curarte.

—¡Déjame estar, no me toques!

La muchacha comprobó que, efectivamente, sólo era un rasguño y obedeció. No tocó la herida, pero sí deseó ansiosamente mitigar el

dolor que había causado al hombre la muerte de su madre.

—Lamento lo que te ocurre, Percy, yo también la apreciaba; pero ya no hay remedio y tampoco puedes culpar a nadie de su muerte.

—¡Sí, a mí, a mí debe culpárseme, y si no lo hace nadie, me acuso yo mismo!

Sandra volvió el rostro masculino y descubrió sus ojos enrojecidos. No supo si de indignación o de llanto.

Se arrodilló sobre el lecho y posó su boca sobre la varonil, deseando infundirle consuelo.

—No te atormentes, Percy. Mañana verás más claro.

—¿Mañana? Voy a salir ahora, para que esos cerdos me acribillen a balazos. Será un espectáculo formidable.

—No, no, eso no puedes hacerlo. A mí no me agrada la soledad...

Evans pasó su brazo alrededor del cuello esbelto. Buscó con sus labios trémulos la boca ardiente de la mujer y un beso los unió.

Faltaban tres horas para que el día invadiera Chicago, pero a los amantes sólo les parecerían segundos.

* * *

El teniente Barry Pittsburg, con su baja estatura y la cara grabada por la viruela, se sentó en el borde de la mesa, como era habitual en él.

En la Police Station había actividad, pero dentro del despacho estaban solamente el oficial y el sargento Christopher Cameron.

—Dio buen golpe Percy Evans.

—Sí: lo malo es que al final se escabulló, a pesar de la búsqueda tan minuciosa que hicimos.

—No en balde le llaman «El Mosca». Ya me dijeron que lo vieron volar de un edificio a otro.

El sargento dio una chupada al cigarro puro que tenía entre los dedos y seguidamente expulsó el humo amarillento.

Era un hombre recio y, al contrario que su superior, su estatura sobrepasaba los seis pies. En sus ojos castaños había una sombra de preocupación.

—¿Dónde cree que se habrá metido?

Pittsburg miró al suboficial. Con una sonrisa irónica, repuso:

—Supongo que lo asustamos demasiado y se habrá largado de la

ciudad. Sabe que si lo encontramos se pudre en la cárcel. En el primer golpe pudimos controlarlo, pero desapareció como el humo de su cigarro.

—Pero el humo de mi cigarro flota en el aire.

—Confiemos que su presencia no flote también en el ambiente.

—Sacó ciento veinticinco de los grandes. ¿Por qué desapareció después?

—Quizá comprendiera que sólo le quedan tres soluciones: Seguir con nosotros, caer acribillado a balazos o huir. Optó por la última.

—A lo peor se dio cuenta de su orden, teniente.

—Sí, el tipo es listo. No debimos disparar contra él hasta estar seguros de darle. A Percy Evans lo había destinado para la Fluvial porque el botín era sabroso. Después ya resultaba un peligro, y vale más enmudecerlo.

—Tiene razón, teniente, aunque la suerte lo favoreció. Incluso, nuestros confidentes han fracasado en su búsqueda.

—Es preciso que se siga investigando, y recuerda que no lo quiero vivo. Cualquier pretexto por intento de fuga sirve. Con presentar los cargos que guardo contra él al fiscal del distrito, asunto concluido.

Cameron sonrió, seguro de sus propias fuerzas.

—Descuide, si cae en mis manos todo quedará correcto. No dirá ni pío. No hay que negar que este asunto es curioso. El nos entrega una fortuna y nosotros, a cambio, lo buscamos para regalarle unas onzas de plomo.

—No estarás volviéndote un filántropo, ¿verdad, Cameron?

El timbre del teléfono, situado sobre la mesa y a escasa distancia del asiento improvisado de Pittsburg, repiqueteó estridente.

Con displicencia, el teniente descolgó el auricular y se lo llevó al oído.

—Aquí el teniente Pittsburg, de la Octava Police Station. ¿Quién llama?

Al otro lado del hilo sonó una voz grave, profunda:

—Al habla «Mistress Death» (1).

—¿Que es usted la Muerte? ¿Está borracho? —increpó duro Pittsburg.

—No se equivoca. Soy Mistress Death, y le aguardo en el interior del templo masónico.

En aquel punto, la persona que decía ser la Muerte colgó. El teniente golpeó el resorte de su aparato en señal de llamada:

—¡Oiga, escuche!

Barry Pittsburg esbozó una mueca escéptica en su rostro grabado y colgó a su vez. Al sentir sobre sí la mirada interrogante del sargento, explicó:

—Debe ser un loco o un borracho que dice es Mistress Death y me espera en el templo masónico.

Cameron sonrió divertido.

—Tower está en aquel sector. Le diré que pase por el templo masónico, a ver si nos lo trae para meterlo entre rejas.

* * *

Comenzaba a hacer frío, y el agente Vincent Tower pensó que sería a causa del relente nocturno. Caminó con paso sonoro por la acera de la calle Randolph, incluida en su sector de vigilancia.

A pesar de la hora avanzada, el tránsito era farragoso.

Los faros de los vehículos entrechocaban a cada instante.

Por las aceras deambulaban escasos transeúntes. El viento ligero que soplaba los hacía guarecer en sus casas.

Un coche patrulla de la Metropolitana, con la estridente sirena dormida y los faros a toda potencia, rodaba despacio, casi pegado a la acera. Los caminantes, sin detenerse, lo observaban curiosos.

—¡Eh, Tower!

El interpelado, que no había visto el automóvil conducido por sus compañeros, giró la cabeza sorprendido al escuchar su nombre.

—Ah, sois vosotros. ¿Sucedé algo? —preguntó a viva voz mientras se aproximaba al vehículo, que acababa de detenerse.

—Hay una llamada para ti desde la Station. Nos han dado orden de que te busquemos y te pusiéramos en contacto con ellos.

—¿Quién llama, el sargento o el teniente?

—Creo que es Cameron quien quiere hablarte. Al parecer, es un asunto de poca monta; de lo contrario, hubieran ordenado preparar la artillería.

—Me alegro de que hayan pensado en mí. Hace una noche de perros, y si no hago nada, me voy a congelar hasta la médula.

Uno de los agentes que ocupaban el «Chevrolet» policial puso en contacto la emisora.

—Aquí coche patrulla «5X9» llamando a la Octava Police Station. Contesten, corto.

La estatura de Tower frisaría en los seis pies y dos pulgadas. Dada su extrema delgadez, semejaba ir a romperse a cada instante. Dobló su cintura e introdujo su cabeza, cubierta por la gorra, dentro del coche.

—Sargento Cameron al habla. ¿Habéis encontrado a Tower? Corto.

—Sí, sargento; en estos instantes está a la escucha. Corto.

—Tower, oye bien. Has de dirigirte al templo masónico. Hay un tipo que dice ser «Mistress Death». Debe tratarse de un borracho o un demente. Cuando lo encuentres, ponle las esposas y tráetelo. Si no lo localizas, no te preocupes; puede tratarse de una broma de mal gusto. ¿Comprendido? Corto.

El policía, al tiempo que respondía, asintió con la cabeza.

—De acuerdo, sargento.

El contacto se cerró y el agente se despidió de sus compañeros bromeando.

—Voy a buscar a «Mistress Death». Puede que se haya escapado del cementerio e ido a la iglesia a orar por sus hijos.

La carcajada se aunó al ronroneo del motor. El automóvil desapareció.

Tower nunca había creído en apariciones, y aquello de ir en busca de la Muerte le divertía.

En sus años de servicio se había tropezado con múltiples beodos que se hacían pasar desde el hombre de cromañón, hasta un marciano.

No tardó en llegar ante la puerta central de la iglesia masónica, uno de los *skyscrapers* más altos de Chicago.

Se ubicaba en el ángulo de la calle Randolph. Múltiples ventanas simétricas parecían mirar al mundo como las cuencas vacías de una calavera.

Se detuvo unos instantes ante la puerta grande. Estaba cerrada. En uno de sus ángulos, una puertecilla permanecía abierta a cuantos desearan introducirse en el edificio religioso en las horas nocturnas.

El agente Tower se adentró en la gran nave central.

La atmósfera reinante le obligó a dominar el ruido de sus pasos. Un órgano invisible, probablemente escondido en una capilla

interior, dejaba escapar sus notas patéticamente lúgubres. Sin poderlo remediar, notó más frío allí que en la calle.

—¿Dónde se ocultará ese tipo que quiere hacerse pasar por «Mistress Death» —gruñó entre dientes.

La triple hilera de bancos se hallaba vacía. No había nadie sentado en ellos.

Algunas luces rojizas y amarillentas refulgían en la pared frontal.

Tower alzó la vista y casi sintió vértigo. El techo sumido en la oscuridad, parecía un pozo impenetrable puesto al revés. A ambos lados se veían los corredores pertenecientes a cada uno de los diecinueve pisos de edificio.

La forma interior del templo y el espectacular hueco central, aunado a las notas desgarradoras del invisible órgano, cuya música semejaba proceder de la impenetrable bóveda, impresionaban vivamente el ánimo de Vincent Tower.

El agente descendió su mirada piso por piso. Los corredores oscuros y tenebrosos eran escrutados por sus pupilas.

De súbito, un estremecimiento de terror recorrió su ser.

En el primer piso, destacando en el fondo negro, una siniestra y macabra calavera le observaba con atención.

(1) Señora Muerte.

—¿Qué hace ahí, quién es usted? —interrogó Tower a gritos, dominando su pánico inicial.

La calavera hierática, fría, hundida en un mutismo espectral, vigilaba al agente por sus cuencas oscuras. Este escuchó tembloroso el eco infrahumano de sus propias palabras, devueltas por los muros de la gran nave y las decenas de corredores y salas, espantosamente solitarias.

—Muy bromista el tipo. Tendré que servirle una buena ración de goma. Cuando se le hinche la cara no estará tan calladito como ahora —gruñó por lo bajo, no demasiado seguro.

Haciendo pantalla con sus manos, volvió a hablar a gritos:

—¡Baje de ahí o se arrepentirá de esta broma macabra! ¡Le advierto que en una celda no se reposa nada bien!

El soliloquio del policía era más para darse ánimos y decirse que no debía tener miedo que para convencer al extraño ser.

—¡Está bien, usted lo ha querido!

Miró a su alrededor, tratando de descubrir a alguien. El miedo compartido disminuía en un noventa por ciento. Mas, para su desgracia, se hallaba completamente solo; es decir, en compañía de la calavera, que le observaba atenta en su tétrico silencio.

Anduvo con paso sonoro, tratando de infundirse valor.

En aquellos momentos destruiría el órgano que, machaconamente, regalaba sus oídos con la música patética. Sin embargo, nada puede hacer y se dirige a una gran escalinata lateral que conduce a los pisos superiores.

Las botas claveteadas suben los peldaños de mármol. La oscuridad de la escalera era intensa y Tower, sin cesar en su ascensión, desenfundó el «Colt» de reglamento, amartillándolo. No quería perder tiempo en caso de necesitar utilizarlo.

Aquella misión, comenzada por su parte en tono jocoso, ya no le hacía maldita la gracia.

—Esto es más oscuro que una cripta... Demonios, qué comparaciones hago y con la Muerte esperándome —silabeó, sin dejar de apuntar con el revólver por delante.

Con mano rápida, buscó la linterna que utilizaba en su servicio nocturno. La empuñó y dio al contacto.

—Qué poca luz... Las pilas deben estar gastadas y yo sin reponerlas; soy un imbécil —se increpó a sí mismo.

La situación era dura y comenzaba a experimentar un miedo intenso jamás sentido.

El impotente haz de luz amarillenta iluminó los últimos peldaños que conducían al primer piso. Tower jadeaba más por nerviosismo que por cansancio.

Ante él emergió un largo corredor. A la derecha, una serie interminable de puertas y, a su izquierda, numerosos arcos con balaustrada, desde la cual, mirando hacia abajo, se divisaba la nave central.

—Juraría que la calavera estaba en una de las arcadas —murmuró, escrutando el pasillo por el que comenzaba a caminar—. ¿Dónde se ha metido? —inquirió no demasiado convencido, elevando la voz.

El eco le devolvió sus palabras, fundidas con la música sacra, que ya le resultaba insufrible.

Una vez en mitad del corredor, esbozó un gesto despectivo, y mientras se aproximaba a la balaustrada, enfundó el revólver.

—Bah, estaré impresionado por el ambiente y la imaginación me habrá jugado una mala pasada —dijo en voz baja, pero perfectamente audible, hablando consigo mismo.

Ansiaba escuchar algo humano, algo que no le transportara a ultratumba.

De improviso:

—¡Demonios!

La exclamación había surgido espontánea de su boca.

Notó cómo sus pies se helaban. Sin embargo, las plantas le sudaban.

Al otro lado de la nave central, enfrente y en el segundo piso, estaba la calavera blanco amarillenta observándolo con fijeza.

—¡Ya está bien de «choteo»! ¡Baje inmediatamente o dispararé!

Al ultimátum de Tower, la Muerte respondió con su impresionante mutismo. No parecía moverse. Diríase que, año tras año, había permanecido así en la sala de anatomía ósea de la Chicago University.

—¡No escaparás, maldita! —arguyó el policía, corriendo a grandes zancadas.

Dio la vuelta al corredor que rodeaba la nave hasta dar con la escalera. Revólver en mano, subió los peldaños de dos en dos. Iba dispuesto a terminar con la broma macabra, y la fiereza que ponía en el intento le infundía valor.

Sorpresa para Tower. En la segunda planta no había nadie absolutamente.

Se aproximó a la balaustrada y se detuvo en seco. La calavera se hallaba en el tercer piso y también frente a él. Semejaba reírse morbosamente de su estupor.

—¡Lo mismo si eres o no «Mistress Death», encaja este plomo!

El índice oprimió el gatillo del 45. Los dos fogonazos precedieron a las detonaciones, que se multiplicaron al chocar contra los muros, desnudos de muebles.

La muerte desapareció tras una de las columnas que sostenían las arcadas y comenzó a reír estentóreamente. Aquella carcajada penetró hasta los lugares más recónditos de la monumental iglesia masónica.

Tower sudaba copiosamente. Ignoraba si era a causa de la carrera o por el pánico que le invadía. Sus rodillas temblaban.

Dudó entre continuar la persecución del ser infrahumano o salir corriendo del edificio y avisar a la estación de policía pidiendo refuerzos. Sin embargo, «Mistress Death» no ha hecho más que observarle, sin dar muestras de ataque, y comprendió que no tenía base para solicitar ayuda.

«Se harían un hartón de reír de mí y la chirigota duraría toda la vida.»

Por temor a las chanzas de sus compañeros, continuó tras la calavera viviente, ya que no le cabía duda de que estaba despierto.

A cada piso que Tower ascendía, el espectro fugitivo había subido otro. Siempre lo tiene delante, mirándole, y lo único que había sacado él era su risa macabra. Efectuó dos disparos más, pero sin el resultado apetecido.

—Veremos si cuando llegues arriba te queda otro piso por subir —gruñó, respirando hondo y enjugándose el sudor del rostro con la manga.

Los dos últimos pisos tenían barandas de madera y en su lado

derecho, en lugar de salas, ventanales qué daban al vacío. La cúspide del edificio se estrechaba para conservar el equilibrio.

El agente divisó la calavera en la decimonona planta, donde el pasillo tenía una yarda escasa de anchura. El viento, que en la calle silbaba levemente, allí aullaba como un coyote presagiando a la muerte.

—¡Detente, maldita! —chilló, histérico.

En aquellos instantes, Tower hubiera dado sus mismos ojos por no encontrarse en el templo, sino en su casa, cerrando la puerta con llave.

El «Colt» ladró una vez más. Su estampido se unió al ulular del viento helado, que traspasaba el uniforme del policía y enfriaba su cuerpo como si ya la muerte tendiera sus gélidos tentáculos a su alrededor,

De improviso, una ráfaga penetró por las ventanas desprovistas de cristales, arrancándole la gorra de plato que cubría su sudoroso cráneo.

Esta fue a parar al centro del enorme hueco bajo el que estaba la nave mayor de la iglesia masónica.

Estúpidamente, Vincent Tower observó el baile circular de la gorra mientras desaparecía en el vacío. De nuevo, la risa estentórea del espectro llegó hasta él envuelta en el fondo musical del órgano.

—¡Te mataré, te mataré, hija de mil p...! —increpó Tower, con los ojos desorbitados y las mandíbulas desencajadas.

En su histerismo, volvió a disparar, mas el misterioso ser esquivó el proyectil sin cesar de reír.

Sintió deseos de bajar a la máxima, velocidad que le permitían sus piernas y así escapar al terror de «Mistress Death», mas dentro de sí, una fuerza imperiosa e indomable le empujaba a ascender corriendo el último ramo de escaleras.

Ante el brillante canon del «Colt», a cinco yardas escasas, estaba «Mistress Death». El miedo hacía temblar la mano que empuñaba el arma.

—¡No escaparás, te mataré, te mataré, ya no puedes subir más!

La calavera, vestida como un hombre normal, permanecía quieta y muda ante Tower. No podía fallar... Apretó el gatillo y el chasquido del percutor, al golpear sin efecto explosivo, llegó hasta él tétricamente.

Medio encorvado hacia delante, amartilló de nuevo el revólver y disparó. El tambor sólo contenía cápsulas vacías.

El espectro estalló en una carcajada brutal y avanzó lentamente hacia el policía.

Este sintió que sus nervios estaban a punto de saltar y comenzó a retroceder gritando:

—¡No, no te acerques, te mataré, te mataré, te mataré!

Su espalda dio contra la baranda de madera, que crujió y acabó por partirse.

Perdió el equilibrio y sus mejillas palidecieron, convirtiéndolo en un cadáver antes de serlo realmente. Intentó aferrarse a un saliente de madera, pero el trozo de pasamano quedó en su diestra.

El alarido rasgó el aire. La música del órgano pareció una marcha fúnebre mientras el cuerpo descendía a velocidad vertiginosa.

«Mistress Death» escuchó el choque del hombre contra la madera de los bancos. Inmediatamente, miró hacía el fondo.

No divisaba el cuerpo despedazado y sangrante de Tower; sin embargo, lo presentía. Y unas palabras se mezclaron con el aullido del viento:

—Cada vez que «Mistress Death» tiene una cita, alguien ha de pudrirse después bajo seis pies de tierra.

En el interior del automóvil policial, cruzando a toda velocidad Chicago por Robery Street, el teniente Barry Pittsburg se dirigía a la Police Station en compañía de Cameron.

Estaban cansados. Durante todo el día habían estado buscando pistas en el templo masónico.

—No entiendo cómo ha podido ocurrir lo de Tower. Era un hombre eficiente y que no se dejaba impresionar fácilmente.

—Todo este asunto parece un absurdo, teniente asintió Cameron.

El oficial balanceó en su mano el «Colt» de Tower, partido por el cañón y con evidentes desperfectos en la culata.

—Sólo hemos encontrado el cadáver, un revólver hecho pedazos y que ha sido disparado seis veces y una baranda rota en el último piso de ese *skyscraper* religioso. ¿Qué podemos deducir de todo ello? ¡Nada!

Christopher Cameron oprimió su nariz con el pulgar y el índice. Meditaba. Desvió su mirada a través de la ventanilla y vio desfilar las luces de los establecimientos nocturnos. Luego, añadió:

—¿Cree usted que existe «Mistress Death» en realidad?

La respuesta de Pittsburg fue precedida por una carcajada irónica en su rostro, picado y repelente.

—¡«Mistress Death» es esa figurita con cara de calavera y una guadaña en la mano que nos pintan en las historietas de terror!

—Me refiero a la «Mistress Death» con la que se ha enfrentado Tower.

—Si dices que se ha enfrentado, es admitir que existe en realidad.

—Quizá todo es obra de un loco que se siente asesino.

El teniente sacó un cigarrillo que tendió a Cameron, colocando un segundo entre sus labios. Fue el sargento quien le prendió fuego.

—Lo primero que hay que hacer es llegar a la Station y pedir informes a todos los sanatorios mentales de Illinois. Necesitamos saber si se ha fugado algún recluso, aunque la verdad es que me inclino a creer que todo son fantasías nuestras —indicó Pittsburg,

tras expulsar una lenta bocanada de humo.

En aquel momento se vieron obligados a agarrarse al asiento delantero, pues acababan de efectuar un viraje a toda velocidad por la calle 57.

—Oye, muchacho, a ver si vigilas más. No quiero partirme la crisma.

El conductor asintió en silencio.

—Lo que resulta evidente es que Tower ha muerto y de forma violenta.

—Puede tratarse de un accidente. El edificio es muy viejo, la baranda se rompió y él cayó al vacío. Nadie vio nada anormal.

Christopher Cameron miró significativamente el destrozado «Colt» y dijo:

—Ya sé que han sido hechos seis disparos, pero no me negará que el ambiente de aquellos corredores es macabro y se presta al fantaseamiento.

—¿Quieres decir que Tower, influenciado por el nombre de «Mistress Death», vio visiones?

—Si realizó seis disparos, no es lógico que no hayamos encontrado ni una gota de sangre. No hay indicios de que otra arma tomara parte en el caso. De todo ello se deduce que Tower no tenía por qué esconderse. Con ir tras ese loco y, al tenerlo cerca, disparar, asunto resuelto. De fallar el primer disparo, no creo que hubiera desperdiciado los otros cinco.

—Sí, claro. La verdad sólo la sabrá Tower, y quizá esa «Mistress Death», si es que existe.

—Debió tener una noche de excesiva imaginación —comentó el sargento, no demasiado convencido de sus palabras.

El automóvil freno bruscamente ante la Police Station, produciendo un agudo chirriar de sus neumáticos. Cameron abrió la portezuela; y antes de apearse, el oficial concretó:

—Mañana efectuaremos otra investigación en la iglesia, ya que la autopsia es imposible dado el amasijo que ha quedado del cuerpo. Si después de esto nos comunican de los manicomios que nadie se ha fugado últimamente, cerraremos el caso como muerte accidental en acto de servicio.

Cameron comprendió que era preferible aquella solución a tener qué ir persiguiendo fantasmas por todo Chicago.

Subieron las escalinatas y penetraron en el edificio policial, dirigiéndose al despacho de Pittsburg. Por el camino correspondieron a los saludos de sus subordinados. Una vez encerrados, Cameron puntualizó:

—Teniente, de los diez mil pavos que correspondían a Tower por el robo de Evans, ¿qué hay?

Barry Pittsburg sonrió maquiavélicamente. Con la satisfacción brillando en sus ojos, repuso:

—Lo mejor es siempre pagar tarde. Hay posibilidad de que el acreedor se muera antes de cobrar.

—Pero en mis circunstancias particulares prefiero dejar a mi esposa algunos billetes por si enviuda.

—Comprendido —afirmó Pittsburg.

Extrajo un fajo de billetes de su bolsillo, sujetos con una goma, y los contó pausadamente.

—Ahí van veinte de cien y dos de los grandes. Es la liquidación de Tower.

—Total, cuatro de los grandes. ¿Es que los muchachos también van a cobrar?

—Ni pensarlo, pero recuerda que tú eres sargento y yo teniente.

En aquel momento, el timbre del teléfono repiqueteó insistente. Pittsburg cogió el auricular con gesto mecánico.

—Al habla el teniente Pittsburg. ¿Diga?

—Buenas noches, teniente. Soy «Mistress Death» y le espero en el Work Vegetable Center.

—Pero oiga, ¿quién es usted? ¿Fue usted ayer a...?

Pittsburg no siguió preguntando. Al otro lado de la línea acababan de colgar y él quedó mirando el auricular pensativamente.

Cameron inquirió:

—¿Quién ha llamado?

—«Mistress Death» otra vez.

* * *

Christopher Cameron, acompañado del agente Willy caminaba pegado a la parte exterior del amplio edificio de una sola planta donde se ubicaba el Work Vegetable Center.

Al llegar ante la monumental puerta de hierro, marcada con el número uno, se detuvieron.

—Todas las entradas están bien cerradas, y si ese tipo que dice ser «Mistress Death» no se ha escondido antes del cierre, ignoro cómo va a entrar. Además, en el interior está el vigilante nocturno.

—Sargento, las ventanas para la circulación del aire no parecen encajar muy bien.

Cameron miró hacia lo alto y ordenó:

—Ilumina una, a ver qué tal.

Willy, que llevaba un foco autónomo de bastante potencia, lo encendió y dirigió su haz de luz a las ventanas medio abiertas descuidadamente.

—Sí, por ahí puede entrar alguien, aunque están demasiado altas y es difícil alcanzarlas. No obstante, otorguemos a «Mistress Death» la posibilidad de conseguirlo, ya que debe ser un personaje infrahumano —comentó el suboficial, socarrón.

El agente sonrió, pero cuando su superior giró la cabeza, la sonrisa se heló en sus labios. No era supersticioso, pero la muerte de Tower y las circunstancias extrañas que la habían rodeado, le impresionaban.

—Bueno, vayamos en busca de ese fatídico personaje. Apaga el foco.

Willy obedeció una vez más. Llevaba veinte años e el cuerpo y jamás había logrado un galón de ascenso. Hacía dos años fue propuesto para escalar una nueva graduación, pero la rechazó.

Trabajando con Pittsburg y los suyos había obtenido pingües beneficios y ya no podía prescindir de aquellos extras, diez veces superiores a su sueldo.

El sargento Cameron llamó con el puño en la puerta férrea varias veces consecutivas. Transcurrieron varios minutos y nadie les franqueó la entrada.

—¿Se habrá dormido el vigilante?

Volvió a golpear con brio y, desde dentro, les llegó la voz gangosa:

—¡Ya voy, ya voy!

Se descorrió un cerrojo y una puerta estrecha, adosada a la grande, se entreabrid con la protección de la cadena interior.

—Ah, si son de la policía... ¿Suced algo?

—Parece que en el mercado se esconde un loco asesino y venimos en su busca.

—¿Un loco, dice? —repitió el guardián llamado Dickens, apresurándose a franquearles totalmente la entrada.

Era un hombre bajo, rechoncho. Su actitud no era precisamente la del valor personificado.

La noticia de que un demente asesino andaba suelto por el gran mercado no le había hecho ninguna gracia.

—¿Le han visto entrar aquí?

—No. Ha telefoneado comunicando que nos aguardaba dentro —concretó Christopher Cameron.

—Pues les aseguro que no he visto nada. Conectaré todas las luces. Si lo llego a saber las enciendo antes.

Ante las miradas un tanto burlonas y suficientes de los policías, el viejo se dirigió a un lado de la puerta donde destacaba un armario, y cuyas puertas no tardó en abrir.

En el interior aparecían las llaves y conmutadores eléctricos. Era todo el sistema lumínico del mercado.

Millares de bombillas destellaron inmediatamente. El Work Vegetable Center quedó bañado en luz.

El vigilante se situó al lado de los agentes. Sacó una pequeña «Browning» y miró a todas partes, deseando mostrar una temeridad que estaba muy lejos de sentir.

—Así es mejor... Si aparece ese loco, con mucha luz lo localizaremos en seguida —explicó el alto y recio suboficial.

Willy desconectó el potente foco autónomo.

—Y ahora, ¿tendrán que registrar stand por stand? preguntó el vigilante.

La respuesta de Cameron no se hizo esperar:

—Diga, «tendremos», porque usted nos acompañará, nosotros no conocemos esto y no queremos perdernos en este dedalo de calles que separan los stands.

El guarda asintió con la cabeza. Sabía que en casos similares valía más estar acompañado que solo. Antes de comenzar la búsqueda se apresuró a cerrar.

Con una risa forzada arguyó:

—Si ese loco no ha entrado aún, se encontrará con la puerta cerrada,

—De acuerdo. Usted, condúzcanos. Hemos de revisar los lugares donde sea más fácil esconderse un hombre.

El viejo, vacilante, adelantó unos pasos.

Ante ellos, innumerables puestos de venta, algunos llenos de cajas conteniendo frutas y verduras preparadas para vender al por mayor en la madrugada, dentro de unas horas.

—¿Qué les parece si...?

Dickens no terminó la frase, cortado por la sorpresa.

Las luces del mercado, todas a un tiempo, se apagaron y los tres personajes quedaron sumidos en la oscuridad.

—Me temo que ese loco que andan buscando esta suelto por aquí —balbució el guarda inmóvil, como petrificado.

En realidad, ocupaba aquel cargo en el Work Vegetable Center a instancias de su mujer y por la buena cantidad de comestibles que conseguía.

—¿No se apaga nunca la luz por sí sola? Me refiero a si la instalación eléctrica tiene algún fallo —inquirió el sargento, mosqueado.

—Hasta ahora nunca había sucedido nada similar.

—¿Y si el vigilante comprobara de nuevo la caja de mandos?

—Buena idea, Willy. Usted ya ha oído y tú, será mejor que le alumbres con el foco.

Fueron hasta el armario en cuestión. El viejo, ayudado por la luz que le proporcionaba el policía, revisó todas las llaves.

—Todo está bien. ¿Y qué manía dicen que tiene el loco?

—La de hacerse pasar por «Mistress Death».

—¿«Mistress Death»? —La interrogante exclamación escapó de la boca de Dickens con miedo. Inmediatamente agregó—: ¿Cómo es? Me refiero a si es deforme o algo raro...

—Que va, todavía no lo hemos visto. Ignoramos su identidad, sólo conocemos su voz, que es masculina. Ayer, en otra cita igual a ésta, murió un agente.

—A lo peor sargento es la mismísima «Mistress Death» en persona —comentó Willy, burlón.

El guarda, menos jocosos, arguyó:

—¡Mi madre, esto se pone feo! ¿Por qué habría yo de coger este trabajo? Vale más comer menos y seguir viviendo.

Esta vez fueron los tres quienes se sobrecogieron, una carcajada sarcástica y desbordante invadió la monumental nave. Rebotó en sus oídos, estremeciéndoles.

—¡Ahí está, sargento, ya no es una fantasía! —se excitó el agente.

Cameron señaló:

—Creo que esa risa ha venido del centro.

La última opinión brotó de los labios de Dickens.

—¿No sería preferible vigilar la puerta para que no salga?

—No sea imbécil. Ese loco puede escapar por donde ha venido y lo que debemos hacer es capturarlo. Además, yo no creo en fantasmas.

—Será muy difícil encontrarlo si juega al escondite —insistió el vigilante.

—Esto no es un juego de niños, ya ha muerto un hombre —respondió Cameron de mal humor—. Debemos ir al encuentro de ese tipo. ¡Willy!

—¿Qué, sargento?

—Prepárate a iluminar con el foco los lugares que indique. El guarda lleva una «Browning» y yo utilizaré mi «Colt», creo que habrá suficiente. Además, que sepamos, ese «Mistress Death» no posee armas.

El trío avanzó. El cañón de la «Browning» oscilaba temeroso. Los ojos de quien la empuñaba pasaron fugases de un stand a otro.

De nuevo estalló la carcajada, tensando aún más los nervios del grupo.

—¡Me parece que ha sido por ahí! —exclamó Willy, señalando uno de los callejones que se abrían a su derecha.

—Sí, a mí también. Vamos.

Dickens, mudo y tiritando, aunque no de frío, les siguió cuando otro imprevisto los envolvió:

—¡Maldito puerco!

-69

Un inesperado proyectil atravesó el aire, estrellándose en el rostro de Cameron.

Este, al tiempo de proferir su imprecación, disparo instintivamente. El estampido de la detonación ensordeció sus oídos.

—¿Qué le ha sucedido, sargento? —interrogó Willy excitado, vertiendo el haz del foco sobre su supervisor, que trató de proteger sus ojos de la luz cegadora.

—¡Aparta ese foco, estúpido! —protestó airado.

La risa de Willy y el guardián se aúnan. En la faz del sargento se ha estrellado un huevo, con los consiguientes efectos.

—¿De qué os reís, idiotas? —masculló Cameron aun a sabiendas de que no iban a contestarle.

Mientras sacaba un pañuelo para limpiarse la cara, la risa de «Mistress Death» ahogó la hilaridad del agente y Dickens.

—Ese hijo de perra va a tragarse lo del huevo —gruñó Cameron por lo bajo, lleno de cólera. En voz alta prosiguió—: ¡Salga de una maldita vez, lo encontraremos antes o después y no queremos hacemos responsables si lo alcanzamos con nuestras balas!

Por respuesta sólo obtuvo la satánica carcajada que al vigilante, bajo la gorra, tuvo la virtud de erizarle los cabellos.

En el centro del mercado, algo lejos de donde ellos se encontraban y en lo alto de una viga, unos ojos redondos, una nariz alargada y una boca amplia destellaba luz.

El resto era oscuridad completa. Sólo el bosquejo de la faz, morbosamente espectral, irradiaba claridad.

—¡Sargento, dispare!

—¡Si, ahí lo tenemos, al fin acabaremos con esa pesadilla!

—Esto es un fantasma, algo sobrenatural...

El guardián confirmó sus palabras con un gimoteo tembloroso que, de ampliarlo, se hubiera trocado en un alarido de espanto.

Cameron masculló:

—Calle y dispare conmigo. Cuanto antes acabemos mejor.

El olor a pólvora se hizo patente. Las detonaciones fueron simultáneas.

Los pequeños fogonazos semejaban relámpagos de tormenta en noche oscura y siniestra, y el plomo ardiente buscaba el cráneo de la mismísima muerte.

Cuando Willy, algo repuesto del susto, proyectó el foco de luz hacia lo alto de la viga, el extraño ser dejó de mirarles. Hasta ellos llegó un ruido sordo. Algo acababa de aplastarse.

—¡Vamos a por él, ya ha caído! —gritó Cameron eufórico.

Los tres se apresuraron en buscar el lugar donde yacía la muerte, pero la sorpresa que recibieron fue mayúscula.

En el suelo, a sus pies, un melón vacío y partido por la caída. La fruta había servido para grabar en su corteza la nariz, los ojos y la

boca. Dentro, también rota en aquel momento, una linterna.

—Por lo visto, «Mistress Death» es muy ingeniosa —silabeó el sargento.

—Mi madre siempre lo decía y nos recomendaba precaución —agregó Dickens más seguro al comprobar en qué se había convertido el fantástico espectro.

Christopher Cameron interrogó con las pupilas achicadas:

—¿Cuántas veces le he llamado imbécil?

El guarda, sorprendido, objetó:

—Pues no lo sé...

—¡Es para decírselo una vez más, imbécil!

—¡Sargento, allí! —gritó Willy, enfocando el reflector hacia el lugar que señalaba.

En el interior de un stand, como si se dispusiera a despachar fruta, «Mistress Death» les miraba.

Dickens comprendió que aquello iba de verdad, que no era una paparruchada lo que tenía delante. Lleno de pánico chilló al tiempo que la calavera reía y reía.

Vertiginosamente, el suboficial le apuntó con el «Colt» y oprimió el gatillo dispuesto a no fallar. Mas, el tambor sólo contenía cápsulas vacías.

—¡Maldito, ahora verás!

Cameron, rápido, sacó un par de cápsulas y Dickens también se dedicó a reponer las municiones de su «Browning» con evidente nerviosismo.

Algo cruzó el aire y el cristal del foco saltó hecho añicos, quedando a oscuras.

Willy se apresuró a palpar el proyectil incrustado en su centro y descubrió que era una manzana.

—«Mistress Death» nos la ha jugado. Es demasiado lista... —arguyó.

—¡No podemos dejarlo escapar! ¡Willy, corre hacia la izquierda y usted a la derecha, yo iré por el centro. En cuanto alguien dé con él, hay que acabar rápidamente esta broma macabra.

Sumidos en las tinieblas, los tres hombres se separaron y corrieron por distintos lugares para cercar a la calavera.

El vigilante no las tenía todas consigo. De estar parado, el temblor de sus piernas se haría evidente. Su cuerpo obeso no le

permitía desarrollar demasiada velocidad y jadeaba sin cesar de correr, pues tenía la impresión de que alguien seguía sus pasos y se estaba convirtiendo en perseguido en lugar de perseguidor.

La «Browning» iba siempre delante de él. Dobló por un callejón y enfiló un tercero. Corría y corría, mas ignoraba adonde tenía que ir.

De pronto, una figura humana surgió por una de las bocacalles. Sin esperar a más, disparó a bocajarro todo el cargador.

Las siete balas escaparon por el cañón en menos de dos segundos. El fogonazo fue continuo y los estampidos lo dejaron momentáneamente sordo.

El cuerpo se desplomó pesadamente, lanzando un rugido de dolor.

—¡Le he dado, le he dado! ¡Sargento! —gritó Dickens alegre como el chiquillo que ha cortado con su carabina la cinta de un barracón de feria.

Cameron llegó hasta él y preguntó apremiante:

—¿Dónde está?

—Ahí, en el suelo. ¿No lo ve?

Ambos se aproximaron al cadáver que yacía encharcado en la sangre que fluía por los múltiples orificios producidos por el plomo.

El sargento asió al muerto por el brazo dándole la vuelta bruscamente.

—¡Demonios, se ha cargado usted a Willy!

En aquel instante, la carcajada brutal, espeluznante y burlona, llegó hasta ellos.

Los dos miraron hacia lo alto.

El blanco de la calavera fue captado por sus retinas, ya que las pupilas se habían acostumbrado a la oscuridad.

Antes de darles tiempo a reaccionar y con un salto prodigioso desde lo alto de un stand, «Mistress Death» alcanzó una de las ventanas que daban a la calle.

Con el cadáver a sus pies y sin poderlo remediar, Cameron y el guarda vieron desaparecer al espectro.

La muerte ya había cobrado su presa y esta vez la víctima fue el agente Willy.

En la pista del San Francisco Night Club, Sandra Dee interpretaba una de sus canciones favoritas. La voz emergía sensual por los labios carnosos.

Su figura blanca, el platinado del cabello y la tonalidad gris de sus ojos, eran seguidas detenidamente por los concurrentes.

El trío musical dio los últimos compases de la pieza y un estallido de silbidos y aplausos removió el humo denso que invadía el local a causa de los empedernidos fumadores que lo frecuentaban.

«Ice Woman», tras saludar con inclinaciones, se dirigió a la barra donde el ventrudo y rojizo Joe le preparó un combinado.

—Patrona, hoy ha estado espléndida.

—Gracias, Joe. Mientras siga llenando la sala me daré por satisfecha.

La mujer apuró de un trago la bebida y advirtió cómo el *barman* observaba significativamente la puerta de acceso al local.

Giró la cabeza y descubrió la entrada del sargento Cameron con dos agentes a su espalda.

—¿Qué vendrán a fisgar esos cerdos ahora? Ya la han estrujado bastante —masculló Joe de mal humor.

—Si es cuestión de bebida, dales lo que pidan, pero si es dinero no sueltes un centavo. Yo voy a cambiarme.

El empleado asintió con la cabeza y con su inseparable paño comenzó a secar un vaso.

Con paso corto, ondulante, Sandra anduvo hacia el fondo de la barra donde nacía una escalera de caracol que conducía a los vestuarios y vivienda particular de la joven.

Cuando llegó a su camerino abrió apresuradamente y entró cerrando tras de sí.

Ante ella, cómodamente instalado en una butaca y consumiendo un canapé, Percy Evans.

—¡No hay tiempo que perder! Cameron, acompañado de dos agentes, acaba de entrar en el club y por su aspecto no creo que

vengan a verme cantar, precisamente!

—¿Crees que se acercará hasta aquí? —inquirió Percy escéptico.

—Estoy segura.

Sin abandonar su bocadillo, el hombre situóse tras el biombo de colores chillones. Sandra hizo otro tanto, pero asomando su cabeza y cuello por encima del mismo.

Se desabrochó el vestido rápidamente y acabó por quitárselo, depositándolo sobre la pared del biombo.

En aquel momento, la puerta del camerino fue golpeada por su parte exterior y sin apenas darle tiempo a hablar, la hoja se franqueó.

La figura alta de Cameron penetró en la estancia mientras Smoll y Low quedaban custodiando la puerta.

—Parece que tiene mucha prisa, sargento.

—Buenas noches, Sandra. Ando buscando a un tipo que no me extrañaría rondara por aquí.

—¿Rondando por aquí? ¿Ignora que mi sobrenombre es «Ice Woman»?

El policía sarcástico, al tiempo que Sandra se desprendía de nuevas prendas, siseó:

—Sí, pero acercando una brasa al hielo, éste se derrite.

—¿Se puede saber el nombre de esa brasa, sino es indiscreción?

—Percy Evans. En este barrio se le conoce con el sobrenombre de «El Mosca» y yo estoy por colocarle el de «Mistress Death».

—¿Y pretende que me enamore de la muerte? Vamos, si mi cabeza no falla, es femenina y yo, por ahora, estoy en mi sano juicio.

Mientras observaba una botella y un vaso de whisky a medio llenar y utilizado anteriormente por Percy, Cameron comentó:

—La «Mistress Death» que yo busco tiene voz de hombre y además sus cualidades de saltarín corresponden demasiado a las de Evans. Tengo motivos sobrados para pensar en él, porque no creo en fantasmas. A propósito, ¿este whisky es suyo?

—Sí. Me agrada tomar un poco.

—Los buenos bebedores vacían el vaso de un trago. A ver cómo lo hace usted...

El suboficial, malicioso, tendió el vaso a medio llenar.

Sandra, seria, sacó el brazo desnudo por encima del biombo y lo

cogió llevandoselo a la boca.

Consumió el licor de un trago, sin la menor señal de tos o extravío. Con una sonrisa en los labios devolvió él vaso.

—Gracias, sargento. Mi desnudez comenzaba a hacerme sentir frío.

—No hay duda de que es buena bebedora.

Cameron extendió una sonrisa maliciosa y, lentamente, se aproximó al biombo. Una mujer, en el estado de «Ice Woman», siempre era una tentación.

Antes de que él acabara de acercarse, Sandra hizo una indicación sin asomo de temor y con la máxima naturalidad:

—Alárgueme esa bata que hay sobre la cama.

Christopher Cameron se vio frenado en su avance y atendió el favor.

Entregó la prenda y asió la mano femenina. Al tiempo que la oprimía, susurró:

—Monada, algún día tendremos que hablar y yo más profundamente.

—Si es más caballero, quizá lleguemos a entendernos —replicó ella sin dejar de sonreír.

El suboficial la soltó encaminándose a la puerta. Antes de cerrar añadió:

—No olvide avisarnos si ve al «Mosca». Le buscamos por asesinato y sería una lástima que usted fuera juzgada como cómplice.

—Descuide. Por ahora mi hielo no se ha derretido.

Cuando ya habían transcurrido unos minutos de la marcha del sargento, Percy asomó la cabeza. Sandra, sentada sobre la cama, le observó.

—Me gustaría que Cameron volviera a entrar —dijo él con una sonrisa.

Mirándole sorprendida, la joven inquirió:

—¿Estás loco?

—No es por el mal rato que has pasado tú, sino por el bueno que he pasado yo.

—Tú siempre tan egoísta...

Evans corrió el pestillo de la puerta y luego se acomodó al lado de la cantante, pasando su brazo por la cintura femenina.

—¿De veras que tu hielo no se ha derretido todavía!

—¡Tonto! De sobras sabes que tú eres la brasa que me funde.

Percy Evans la atrajo fuertemente hacia sí y buscó los labios ardorosos para quemar su boca en ellos.

Estaban solos en el mundo y ambos ansiaban desterrar la soledad de sus vidas.

* * *

Furioso, casi colérico, Barry Pittsburg golpeó con los puños la tapa del motor del «Chevrolet» policial. Su rostro, bajo el grabado de la piel, aparecía congestionado de rabia.

—¡Hay que pescar a ese tipo cueste lo que cueste!

Los agentes que se agrupaban a su alrededor no recordaban haberlo visto nunca tan rabioso.

Su pesadilla era el misterioso «Mistress Death», que ya había causado dos bajas en sus hombres más adictos. Cameron. junto a él, aguantaba el temporal.

—¡Que todos los que participen en la redada lleven metralletas portátiles y que nadie dispare a tontas y locas, no vaya a suceder lo mismo que con el imbécil del vigilante ese!

—Ya habéis oído, muchachos —agregó el sargento —, las palabras del oficial.

Tres coches patrulla se dispusieron a partir. Portaban focos y armamento necesario para enfrentarse a una banda tipo Capone y en realidad iban a buscar a un hombre solo y posiblemente desarmado.

—Deberemos tantear el ambiente. Ese «Mistress Death» es listo y sabe jugar malas pasadas. Por lo visto, todo lo basa en su ingenio y habilidad. Puede decirse que a Willy no le mató ese espectro, sino las circunstancias montadas por él.

—Y que le favorecieron, recuérdelo, sargento. Pero ahora nada le ayudará. Le destruiré hasta las últimas posibilidades para que no tenga escapatoria. La Prensa amarilla se ha enterado, no sé cómo, de todo lo sucedido y nos tratan de idiotas o poco menos. Preguntan si creemos o simplemente tenemos miedo a los fantasmas.

—Me hubiera gustado ver a uno de esos periodistas dentro del mercado. No chancearían tanto ahora.

—Está bien, dejémonos de polémicas y vayamos en su busca. Que los tres coches estén en contacto continuo por radio. Seré yo

personalmente quien le eche el guante.

El movimiento de agentes fue constante mientras el Sargento y Pittsburg charlaban.

Los tres coches, perfectamente equipados, hacían roncar sus motores. Cameron y Pittsburg se acomodaron en uno de ellos.

—¡En marcha! —ordenó el teniente, transmitiendo sus órdenes por la radio ambulante—. Espero que podamos acordonar el sector del muelle indicado por ese tipo. No se puede negar que es un suicida, porque citarme y no faltar va a ser su fin.

—O el de alguno de nosotros. Parece que se contenta con una víctima por cita.

Relajando un tanto la tensión de sus nervios, el oficial comentó:

—En cada ocasión me ha citado a mí y yo no le he concedido importancia. El que ha ido en mi lugar ha caído segado por la guadaña de ese ser cuyo rostro ni siquiera conocemos y que muchos de nuestros agentes, por motivos de superstición, se inclinan a creer que es infrahumano. Debemos destruirle para que la calma renazca.

—¿Ha dicho algo más que las otras veces? —inquirió Cameron con cierta indiferencia para no irritar más a su superior.

—Me ha citado en el muelle industrial diciéndome que en cada cita había cobrado su presa y que la seguiría cobrando hasta que fuera yo personalmente quien acudiera.

—Por lo visto es su vida lo que pretende.

Pittsburg, mirando al infinito, repuso:

—Mi piel es un poco dura y le costará roerla. Hace tiempo la viruela lo intentó y no pudo acabar conmigo.

Los tres automóviles, uno tras otro, atravesaron el canal del Illinois por uno de los puentes levadizos.

La estridencia de las sirenas les franqueó el paso y el rojo de los semáforos no fue óbice para que continuaran rodando.

Avanzaban a toda velocidad por Lae Shore Drive. Su intención era llegar cuanto antes al muelle industrial, situado en el East Side, barrio populoso y maloliente donde iban amontonándose los emigrantes que, deseando fortuna, habían fracasado hundiéndose en la miseria.

—Sobre todo, Cameron, ten en cuenta la cuestión luz. Por lo que has explicado, «Mistress Death» tiene especial predilección por dejarnos a oscuras, dando a jugar cartas al miedo.

—Ya he advertido a los muchachos que tengan buen cuidado con los focos autónomos y los que dependen de los coches.

En el momento en que penetraban en el recinto del muelle, «Mistress Death» les recibió con un apagón total de luz. El muelle industrial quedó en tinieblas.

—Ese puerco ya nos está esperando —maldijo Barry Pittsburg.

No pudo evitar una sensación de desasosiego. La realidad es que la muerte le aguardaba a él, y hasta el momento, no había fallado con quienes se presentaron en su nombre. Reponiéndose, dio las órdenes oportunas.

—El «5x6» que se quede de guardia en esta puerta para cortar cualquier fuga. Los otros dos iremos al interior del muelle.

Las órdenes se ejecutaron rápidamente y el automóvil «5x6» hizo chirriar sus neumáticos. Frenó en seco y con toda la potencia de sus faros iluminó el muelle, horizontal a las aguas del Michigan Lake.

Los otros dos vehículos, al mando del teniente, se detuvieron frente a los almacenes portuarios, iluminando dos de sus puertas.

—¡Todos abajo! —ordenó Cameron.

Una vez los policías sobre el adoquinado, se mantuvieron atentos, metralleta en mano y prestos a hacerlas tabletear.

—¡Muchachos, escuchadme!

Los agentes rodearon al oficial, provocando un murmullo de comentarios. En aquellos instantes, muchos de ellos desearon hallarse a mil millas de distancia e incluso Pittsburg sorprendió un comentario:

—Luchar con un «gang» es otra cosa. Quien antes aprieta el gatillo, gana, pero esto de pelear contra fantasmas que te liquidan del modo más imprevisto, no es para mí. Ya visteis lo de Willy. Lo mató sin matarlo.

—¡Escuchad y no digáis tonterías! Ese hombre que se hace llamar «Mistress Death» es un ser real, lo podéis batir con vuestras balas. Lo importante es que no sigamos sus tretas dándole ventajas y creando confusión entre nosotros mismos. Habéis visto que nada más llegar ha cortado la luz de este sector, no importa los medios que ha utilizado, lo que sí es interesante es que anda por allí y puede estar observándonos. Pero no se saldrá con la suya. Lo cazaremos como a un perro rabioso. Uno de los policías alzó la voz para hacerse oír y preguntó:

—Teniente, ¿por qué da éstas citas «Mistress Death»?

Pittsburg quedó desconcertado. Cuando pareció que iba a estallar en una maldición, cambió de actitud y explicó:

—No sé. Puede que esté loco o desee venganza. Primero, cacémosle y ya le preguntaremos. Hay que esperar que dé señales de vida. Registrarlo todo resultaría demasiado farragoso.

De nuevo, los comentarios y murmullos mientras los policías se dispersaban en parejas con sus focos portátiles.

Los minutos transcurrieron lentos, monótonos. Incluso las aguas sucias de grasa e inmundicias que dejaban escapar un hedor pestilente, se hallaban quietas.

Pittsburg golpeó el suelo con el tacón, sin saber cómo frenar su mal humor. Con la diestra empuñó fuertemente la «Browning» escondida en el bolsillo del abrigo.

—¿Qué opinas, Cameron? ¿Nos tendrá miedo al vernos tan preparados y lo del corte de luz sólo serán fuegos de artificio para indicarnos que ha venido a la cita?

El sargento no llegó a contestar. Comenzaba el baile de la muerte con su música de estampidos.

Cinco detonaciones correspondieron a otros tantos focos destrozados que componían el total de luces portátiles.

Los disparos se habían efectuado consecutivamente, con una puntería envidiable.

El propósito de dejar sin luz a los agentes había sido conseguido pese a la rabia de Pittsburg y Cameron.

—¡Diablos con ese tipo! Cercad bien el primer almacén, creo que los disparos provienen del interior.

—¡Yo he visto los fogonazos en aquella ventana!

Los agentes, algo medrosos por el éxito que estaba obteniendo el espectro, se acercaron cautelosamente a las grandes puertas. El sargento fue el primero en forzar una de ellas.

Al entrar en la nave, acompañado de tres guardias el olor a pólvora quemada se hizo claramente perceptible.

—¡Teniente, es seguro que ha disparado desde aquí!

—¡Pues que no se escape! ¡Tirad a dar!

Pittsburg volvió a sentir la impresión de inquietud y quedó fuera del almacén. Una nueva serie de cuatro disparos les dejó anonadados: Los faros de los automóviles habían sido apagados

hasta su reparación.

—¡Teniente, está arriba, en el tejado! —gritó Smoll.

El interpelado alzó la vista y frente a él distinguió el rostro macabro de la calavera, estallando en su patética y burlona carcajada.

—¡Ten, perro del diablo, seas o no de este mundo!

Cuando el oficial disparaba, ya «Mistress Death» había desaparecido. La sorpresa de todos fue intensa. Se movían ya en la oscuridad, el terreno elegido por la muerte.

Las metralletas tabletearon. Los agentes hicieron algo por pura intuición. Barrieron con sus proyectiles la superficie del tejado, tratando de alcanzar la sombra que huía del plomo.

—¡Matadle, matadle! —gritaba Pittsburg medio histérico.

La pesadilla real adquirió caracteres desproporcionados en su mente.

Un ruido muy fuerte y peculiar les llamó la atención. Uno de los policías que estaba más cerca del lugar dijo:

—¡Se ha derrumbado parte de la techumbre!

Todos corrieron, ansiosos de encontrar entre los escombros el cadáver de la muerte.

—¡Teniente!

—¿Qué quieres, Cameron? Lo importante es ver si ha sucumbido ese demonio.

—Le traigo una linterna de bolsillo. Puede que sirva.

—Buen trabajo, dámela.

Las puertas del almacén quedaron abiertas totalmente y todos penetraron en él en tromba, yendo hacia donde se habían amontonado algunas vigas de madera carcomida y tejas.

—No está aquí —advirtió el sargento, desalentado.

Pittsburg no cejó en su búsqueda hasta que consiguió algo importante:

—Nuestro hombre está herido. Fíjate en ese rastro de sangre.

Todos contemplaron las gotas rojas que iba iluminando el oficial.

—Veamos, siguiendo el reguero lo encontraremos. La vista nos conduce hacia... ¡Diablos, esto es el colmo! Ha salido por la misma puerta que hemos utilizado para entrar! ¡Jamás he visto a nadie tan audaz como «Mistress Death»!

El ronquido de un motor de explosión y no procedente de un automóvil, atrajo su atención.

—¡Corramos antes de que huya! —ordenó el teniente, exasperado.

Cuando salieron al exterior pudieron ver una vetusta motora que desatraca con gran estrépito y poco a poco se iba alejando.

—¡Escapa en ella porque está herido! —opinó el teniente.

Por su parte, el oficial proyectó los tenues rayos de la linterna sobre el interior de la embarcación, sumida en la oscuridad.

El rostro cadavérico quieto, inmóvil, quedó a la vista de los miembros de la Metropolitana, iluminado por Pittsburg.

—¿Qué esperáis, imbéciles? ¡Disparad!

El tableteo estridente de diez ametralladoras ladrando al unísono llamó la atención de los transeúntes del Lake Shore Drive que, a prudente distancia, fueron aproximándose a las puertas guardadas por los agentes del «5x6».

La motora fue perforada en todos sentidos, abriéndose innumerables vías de agua. De súbito, un estallido precedió a una gran llamarada que iluminó los rostros de los policías.

—¡Ha explotado el motor y se ha incendiado la lancha!

El motor saltó en pedazos y el carburante, inflamado, se desperdigó en todas direcciones quemando por completo la embarcación. La superficie del agua, en su periferia, se llenó de fuego.

—Se acabó «Mistress Death» —musitó el teniente regocijado.

Sus ojos contemplaron ávidos la hoguera en la que perecía el ser que intentara personificar a la mismísima muerte.

Por Greenwich Street, una calle solitaria, hedionda en todos los aspectos y enclavada en las entrañas del East Side, caminaban Sandra y Percy cogidos del brazo.

El hombre iba embutido en una trinchera con el cuello alzado y el ala del sombrero caída sobre la frente. Por su parte, la mujer se arrebujaba en un abrigo oscuro, escondiendo el cabello en un gorro de piel negra.

—¿Duele, Percy?

El joven gruñó tratando de no evidenciar su cojera ni resbalar en el suelo charolado y lleno de inmundicias a aquellas horas de la noche.

—Gracias a Dios que sólo es una luxación y algunos rasguños.

—Sí, podía haber sido mucho más pero, olvidémoslo —advirtió Evans de mal humor.

La muchacha iba junto a él, atenta para prodigarle sus cuidados en caso necesario.

La callejuela se hallaba plagada de lugares oscuros, fáciles para tender una celada al transeúnte solitario. De ir sola, Sandra hubiera elegido otra calle para efectuar el trayecto hasta el club, pero acompañada del hombre no sentía ningún temor.

—¡Percy!

Tanto el interpelado como la mujer se detuvieron, estupefactos.

Habían adoptado mil precauciones para pasar inadvertidos y, sin embargo, él acababa de ser reconocido por alguien que le llamaba desde un rincón completamente a oscuras.

Evans miró a Sandra significativamente y después los dos dirigieron sus pupilas hacia el recoveco impenetrable.

—¿Quién anda ahí? —inquirió Percy desconfiado, empuñando la «Luger» en el interior de la trinchera.

—Percy, soy Bud...

—¿Bud? Pues sal de la oscuridad, acércate.

Sandra observó a Percy interrogante. En sus ojos, iba unida una sensación de temor.

—No, verás, no hace falta, acercaos vosotros... Podemos charlar un poco, ¿no te parece? —insistió la voz que brotaba de la

oscuridad.

—Vamos, Sandra.

—¡Cuidado, Percy, puede tratarse de una celada!

—No creo. Estoy seguro de que es la voz de Bud, un amigo mío, pero si nos tienden una trampa comerán plomo.

Despacio, cautelosamente, se introdujeron en el rincón lóbrego, cuya continuación era el interior de un portal. Dentro de él estaba Bud y con su voz grave les advirtió.

—Cuidado. No adelantéis más u os echaréis encima.

Ambos se detuvieron en seco. Las palabras brotaban casi a unas pulgadas de donde ellos se hallaban y a Percy le dio la impresión de que el habla de su amigo no nacía a la altura en que debía estar su cabeza.

—Sandra, aunque no le veamos, aquí delante tienes a un buen amigo mío.

La mujer tendió la diestra en el vacío y una mano fría y rugosa se la estrechó. Tuvo la impresión de que había algo anormal tras aquella voz y aquella mano que; acababa de apretar a una altura desconcertante.

—¿Por qué no has querido charlar ahí afuera, Bud? —preguntó Percy sin afán de crítica.

—Verás, me encuentro en una situación difícil y no estoy muy presentable. Te he visto pasar. Mis ojos se han acostumbrado a estos lugares oscuros que antes yo mismo rehuía.

Las palabras de Bud sonaban quedas, vacilantes, avergonzadas por algo que la pareja ignoraba.

—¿Acaso tienes dificultades de dinero?

—Verás, yo... En fin, si te he llamado ha sido por si me podías hacer un préstamo. Te juro que te lo devolveré.

—Yo también estoy parado y no tengo demasiado que ofrecerte, pero espera.

Evans sacó un sobre de fósforos y raspó uno de ellos contra la lija, prendiendo inmediatamente la minúscula llama.

—¡No, por Dios Percy! —suplicó Bud.

Tras la ligera vacilación del paso de las tinieblas a la luz, Sandra contempló una visión que le obligó a taparse la boca para no gritar mientras apretaba su cuerpo al masculino.

Percy permanecía estático, sorprendido con la cerilla en su

diestra y que en su anonadamiento llegó a quemarle la punta de los dedos al consumirse.

Ante ellos, un ser con el rostro desfigurado totalmente por una espantosa quemadura. Falto de piernas a la altura de la ingle, se hallaba sobre un bajo carrito de madera que no elevaba dos pulgadas del suelo. En sus manos sostenía los tacos que le ayudaban a avanzar.

—¡Bud! ¿Qué te ha sucedido?

El aludido tardó unos segundos en responder. Había angustia en su garganta.

—¿Comprendes por qué no quería...?

—Por mí no has de temer. Eres mi amigo igual ahora que antes.

—No deseo tu piedad, Percy. Me he acostumbrado a vivir en esta situación y te juro que es duro, muy duro. Tanto, que sino fuera un cobarde...

—No sigas, por favor. Cuéntamelo todo, aunque sé que será doloroso para ti recordar.

—Será mejor que os marchéis y me olvidéis. Tu acompañante estará deseando hacerlo.

La muchacha, con voz más dulce que nunca, venciendo su horror, musitó:

—Por mí no debe molestarse. Sé que es violento que dos amigos de la infancia tengan a una mujer presente. Hay recuerdos que seguramente no podré escuchar.

Bud rio sordamente.

—Percy, procura no caer nunca en manos de Pittsburg y su cuadrilla de polizontes. Son de lo más maquiavélico que puedas imaginar. Me tendieron una trampa y me obligaron a robar para ellos. Cuando creyeron que podía resultar peligroso, dispararon contra mí sin previo aviso mientras conducía mi automóvil. Choqué. El coche se incendió y me dieron por muerto, pero en el hospital Central un médico me obligó a seguir viviendo. Te aseguro que no le doy las gracias. Mi comida es lo que encuentro entre estas inmundicias y voy escondiéndome para que la gente no se horrorice de mi aspecto y los chicos no me tiren piedras.

—Bud, tendré en cuenta tu consejo, pero también te aseguro que Pittsburg y sus secuaces pagarán sus canalladas.

—Me he enterado de lo de ese misterioso ser que les llevaba en

jaque. Lástima que he leído en un periódico que he encontrado abandonado que esa «Mistress Death» ha muerto.

—Quizá Bud, quizá. Ahora, ten este dinero.

—No, no quiero limosnas —protestó el amigo rechazando el fajo de billetes que Percy le tendía.

—No es una limosna sino un préstamo. Cuando puedas ya me lo devolverás.

Se despidieron y la pareja prosiguió su camino por el callejón.

Mientras avanzaban, Percy pensó que Bud no merecía que «Mistress Death» hubiera muerto.

* * *

Christopher Cameron introdujo el llavín en la cerradura y franqueó la puerta de su apartamento silenciosamente.

Su rostro aparecía fatigado. Había prestado muchas horas de servicio en la Police Station, aunque gran parte del tiempo había estado elaborando maquiavelismo junto a Pittsburg.

Caminó sin hacer ruido por el interior de la vivienda. De improviso, descubrió algo que más que irritarle le encolerizó.

A través de la puerta entornada de la habitación vio a su mujer manipulando en una maleta.

Ella, sin advertir la presencia del hombre, prosiguió contando el dinero existente en la maleta que acababa de forzar con unas tenazas. Ante sus ojos, muchos fajos de billetes que miraba obsesionada.

—¡Shirley! ¿Qué estás haciendo? —interrogó súbitamente, haciendo notar su llegada.

En el primer instante, la mujer quedó sorprendida.

Estaba de rodillas ante el dinero revuelto por sus manos. Su edad oscilaría en los cuarenta años y su belleza, aunque madura, no estaba marchita. El cabello era rubio oxigenado y la cara, de óvalo correcto, aparecía consternada.

—¡Te he preguntado qué estás haciendo! ¡Responde! —insistió Cameron con las mandíbulas contraídas y el ceño fruncido. Sus largas zancadas avanzaron hacia el centro de la estancia.

—Y si yo te pregunto de dónde has sacado esté dinero, ¿qué me contestarás?

—¡Sucia asquerosa! ¿No te he advertido mil veces que esa maleta no debías tocarla, que está prohibida para ti? —Los ojos del

sargento llameaban.

—Ya comprendo por qué no me dejabas mirar en su interior. Este dinero ha sido y es tu obsesión. ¿Por qué y para qué?

— ¡Ten, para que aprendas a plantarme cara!

Cameron abofeteó a derecha e izquierda el rostro femenino, haciendo oscilar su cabeza de un lado a otro. El castigo fue duro. En la mente varonil no parecía anidar la piedad.

Pero ella, que continuaba de hinojos, no dejó escapar ni un gemido y con voz próxima a desgarrarse musitó:

—Aquí hay más de ciento ochenta mil dólares y en cambio siempre hemos vivido muy justamente. Hace veinte años, cuando nos casamos, no tenías un solo dólar en tu bolsillo. Lo pagué todo yo y ahora me encuentro con que posees una fortuna. ¿De dónde la has sacado? No me digas que de ahorrar unos pequeños vicios, porque no voy a creerlo.

—Te advierto que si hasta ahora te he hecho concesiones ha sido para que me dejaras vivir tranquilo. En adelante me obedecerás como el perro más fiel que pueda tener un labriego o de lo contrario conocerás el peso de mi mano o la dureza de mi cinto. Muchas veces me he quedado con las ganas de marcarte la espalda y puede que pronto sacie ese deseo. Ahora aparta de aquí.

—¡No! —exclamó decidida sin soltar los billetes, como dispuesta a retenerlos.

—¡Suelta ese dinero!

Shirley no hizo caso y Cameron, en un arrebato de cólera, cerró el puño y golpeó salvajemente el rostro y el cuerpo de la mujer, magullándola por completo.

Hasta que ella no rodó por el suelo, encogida como un ovillo, no cesó en el brutal castigo.

Inmediatamente recogió el dinero, colocándolo de nuevo en la maleta que cerró cuidadosamente. Era su tesoro, amasado con el crimen en colaboración con Barry Pittsburg.

Dejó a su esposa llorando con desconsuelo y pasó al *living* con la maleta en la diestra. La depositó sobre la mesa y mientras se encaminaba al lavabo comentó:

—Y no pretendas hacer la estúpida, porque cualquier día desaparezco de Chicago. Dicen que en Miami se está muy bien y hay chicas jóvenes, no oxidadas como tú. Ya ves que recursos no me

faltan.

Cameron notó corriente de aire.

Regresó a la salita y cerró la ventana de guillotina por la que penetraba la brisa nocturna. Inmediatamente volvió al cuarto de aseo continuando sus abluciones.

Los minutos transcurrieron.

Shirley dejó de llorar y lamentarse. El dolor había disminuido y a la vez comprendió que era Christopher quien tenía la sartén por el mango.

El sargento, que no había logrado zafarse de su mal humor, al sentir frío exclamó:

—¡Imbécil! ¿Por qué has abierto la ventana si yo mismo la he cerrado?

Shirley no contestó.

Christopher volvió al *living* y se encontró con su mujer que mostraba los carrillos hinchados y los ojos enrojecidos.

Furioso, contempló el ventanal que aparecía abierto. La brisa nocturna hacía oscilar suavemente las cortinas blancas con hojas amarillas.

—¿Es que te has vuelto idiota? —interrogó.

Ella, como perro apaleado, sumisa y obediente, arguyó:

—Yo no la he tocado.

—¡No querrás hacerme creer que siendo de guillotina se ha abierto sola!

—Sólo puedo decirte que no la he tocado.

—¡Pues ciérrala inmediatamente! ¡Vamos! ¿A qué esperas? —ordenó imperativo, como si estuviera tratando con un delincuente común.

En aquel momento la luz del apartamento se apagó, sumiéndolos en la oscuridad más completa.

—¿Qué ha pasado? —inquirió él, extrañado.

La mujer, con voz queda, tratando de no ser molesta, repuso:

—Quizá se han fundido los plomos.

—¡Ve a comprobarlo, corre!

¡Sin articular palabra, tanteando las paredes, Shirley fue hacia la puerta de entrada, a la derecha de la cual estaba el contador eléctrico.

De improviso, una mano helada le tapó la boca mientras algo

pesado y contundente golpeaba su nuca, dejándola inconsciente.

Cameron escuchó los pasos que regresaban.

—¿Han sido los plomos?

Sólo el silencio obtuvo por respuesta y como quiera que el caminar se había detenido, extrajo de su bolsillo un sobre de fósforos. Prendió fuego a uno de ellos y...

—¡«Mistress Death»! —balbució aterrado.

Ante él, a menos de dos palmos de distancia, apareció el horripilante y fatídico rostro de la calavera.

La muerte dejó escapar su risa macabra. Dotada de puños contundentes, proyectó uno de ellos contra el rostro de Cameron que encajó el impacto.

Dio unos traspiés y se desplomó de bruces contra el suelo.

La cerilla se desprendió de sus dedos cayendo sobre la mesa donde reposaba la maleta conteniendo los millares de dólares ganados con el crimen y el chantaje.

El sargento observó aterrado cómo el mantel propagaba el fuego, envolviendo en llamas la maleta.

—¡No, mi dinero no! —aulló, poniéndose en pie y abalanzándose con el deseo de salvar el dinero.

Mas una pierna se interpuso en su camino, obligándole a besar la alfombra mientras «Mistress Death» reía sardónicamente al contemplar la hoguera crepitante en que se había convertido la fortuna.

—¡Maldito engendro del demonio! —increpó Cameron.

Se incorporó y atacó a la calavera propinándole un puñetazo en el rostro que lo arrojó contra la pared.

Miró unos instantes los billetes incinerados. Se percató de que su tesoro tan sólo era humo ya y la rabia le dominó.

En el *living*, las llamaradas aumentaban y el humo comenzaba a hacer asfixiante la atmósfera.

Trató de golpear al espectro, mas éste le rechazó con un puntapié en el vientre que lo lanzó contra la mesa ardiente, derribándolo de forma aparatosa y esparciendo el fuego por doquier.

El suboficial, con gesto desesperado, apagó sus ropas que empezaban a prenderse. No se dio por vencido y volvió a la carga.

En aquel momento regresó Shirley que ya había recobrado el conocimiento. Quedó inmóvil unos segundos a la entrada de la salita, contemplando el horror del fuego y la lucha entre su marido y la calavera. Angustiada chilló:

—¡Socorro, auxilio! ¡El infierno está en mi casa!

Salió despavorida del apartamento, gritando y provocando la

consiguiente alarma, pues el fuego se extendía.

El espectro y Cameron quedaron frente a frente en el escenario dantesco. Las llamas crepitaban a su alrededor.

Cameron lanzó un upercut a su enemigo, mas éste lo esquivó con el antebrazo izquierdo, proyectando al mismo tiempo el puño cerrado sobre el hígado del policía que rugió de dolor, mas no se dio por vencido.

—¡Me has quitado el dinero, pero no me quitarás la vida!

La calavera no hablaba, sólo actuaba y reía de vez en cuando.

Una serie de directos al rostro de su adversario lo hicieron tambalear mientras, angustiosamente, intentaban soslayar el fuego que los rodeaba.

Cameron obtuvo su oportunidad al propinar un derechazo demoledor sobre el lado del oído de «Mistress Death», que se tambaleó y cayó desplomado. Ahora fue Christopher quien rio brutalmente.

A la vista de las llamas que le cercaban e impedían salir por la puerta del apartamento, decidió escapar por la ventana tras la que estaba el *fire escape*.

Ya en el exterior y respirando aire más puro a pesar del humo que escapaba por la ventana, miró hacia abajo. Observó la acumulación de gente en la calzada, ansiosa por contemplar el incendio.

—¡Hace días escapaste del fuego de la motora, pero ahora arderás aquí como una tea!

El sargento cerró desde afuera la ventana, imposibilitando así la salida del extraño personaje. Deseaba que se consumiera entre las llamas.

No tardó en ver la faz de la calavera aplastada al cristal. Esta, con sus manos enguantadas de negro, partió en mil pedazos el vidrio.

Viendo encima al implacable espectro, Cameron intentó huir. Al mirar hacia abajo se percató de que estaban evacuando ya pisos por la escalera de emergencia y que no le iba a ser fácil descender por ella.

En una decisión rápida optó por subir hacia el tejado, del que sólo le separaba una planta.

«Mistress Death» saltó por la ventana destrozada comenzando a

ascender a toda velocidad por el *fire escape* en persecución de su adversario.

Las llamaradas brotaban audaces por la ventana. Las sirenas estridentes de los bomberos, acercándose, rasgaban la noche.

Los curiosos aumentaban por segundos, ansiosos de contemplar la escena. Cuando divisaron el semblante cadavérico, el espasmo general no tardó en trocarse en murmullos y comentarios.

Cameron corrió por encima del tejado de plano inclinado. «Mistress Death» le persiguió y no tardó en alcanzarle, derribándolo.

Una lucha sorda, cruel, a muerte, les enzarzó en un lugar donde la principal baza era el equilibrio.

La calavera golpeó el rostro de la presa elegida para aquella noche con ambos puños. Cameron sangraba por entre sus labios partidos, uniendo al rojo espumarajos de rabia y miedo. No estaba dispuesto a sucumbir.

—¡No acabarás conmigo, espectro del infierno! —aseguró desesperado.

El extraño ser no semejaba sudar y el jadeo que sentía no se traslucía en su faz inexpresiva. A pesar de tan crítica situación, Cameron intuyó que no se trataba de una calavera, sino de alguien que se escondía tras una careta.

Sintió un deseo acuciante de desenmascararlo, pero «Mistress Death» aprisionó su muñeca y la retorció fieramente hasta producirle luxación.

Los bomberos acababan de llegar. Las sirenas enmudecieron y no tardó en escucharse el golpear del agua contra las paredes. El público observaba la lucha que se desarrollaba en el tejado.

Cameron rugió de dolor y colocó la suela de su bota sobre el estómago del desconocido. Distendió la pierna violentamente y lanzó al espectro tejado abajo.

Su implacable enemigo rodó sobre las tejas hasta que, en un suspiro de satisfacción, lo vio desaparecer en el vacío.

El gentío de curiosos vio al hombre con rostro de calavera como se desprendía. El grito de angustia fue unánime. Los bomberos colocaron la lona bajo sus pies, mas «Mistress Death» atenazó sus dedos enguantados en el canalón de recogida de aguas y quedó suspendido en el aire, balanceándose.

Cameron se aproximó al borde del tejado bajo el cual habían siete pisos de altura. Al descubrir al espectro en situación tan apurada, estalló en carcajadas y adelantó su pie para aplastar los dedos que sostenían a «Mistress Death» en el vacío.

En la acera, los bomberos sujetaban la lona, impacientes.

La calavera desprendió su diestra y atenazó la boca del sargento en el aire, estirándola.

Christopher Cameron perdió el equilibrio y se precipitó al vacío con un alarido aterrador.

Los bomberos intentaron frenarlo con la lona, pero ante la sorpresa y pánico general, el cuerpo quedó ensartado en la cúspide de una farola del alumbrado público. El globo de cristal que la protegía se rompió, mas no se apagó la luz.

«Mistress Death» miró hacia abajo y descubrió el cadáver del sargento balanceándose ensartado en las tres puntas de hierro forjado que poseía la farola.

Los bomberos ascendieron presurosos por la *fire escape*.

Iban en busca del ser que colgaba del canalón.

Mas éste, con prodigiosa destreza, subió a pulso al tejado y corrió por él.

Bomberos y policías trataron de perseguirlo inútilmente.

La muerte desapareció en la oscuridad de la noche saltando de tejado en tejado.

* * *

—¡Teniente, sus sospechas han resultado ciertas! —espetó Smoll penetrando en el despacho del oficial.

Este alzó su cara de un legajo de papeles y le miró interrogante.

—¿Qué sucede?

El agente se detuvo ante la mesa despacho y apoyó sus manos en ella, inclinándose con el afán de decir algo importante.

—Por un confidente he sabido que Percy Evans se oculta en el San Francisco Night Club. La dueña, esa «Ice Woman», lo esconde en sus habitaciones particulares.

—¿Hay pruebas?

—Sí. Lo han visto entrar con ella en el local cuando este permanecía cerrado al público.

Barry Pittsburg se levantó de su asiento y tomó una determinación.

Los últimos acontecimientos le habían producido demasiados quebraderos de cabeza. Las muertes de Tower, Willy y últimamente Cameron, no le habían gustado en absoluto.

—Avisa a Low. Este asunto lo llevaremos nosotros personalmente. A esa «Mosca» conviene darle un escarmiento. Libre es un peligro.

Smoll, antes de ir al encuentro de su compañero, vacilo unos instantes. Con acento no demasiado seguro, dijo:

—Verá, a Low y a mi este asunto de «Mistress Death» no nos acaba de gustar. Parece que ese espectro vaya escogiendo a los que trabajamos para usted y claro, comprenderá que preferimos seguir viviendo.

Pittsburg estaba a punto de explotar de ira. Hizo un esfuerzo para contenerse, comprendiendo que si sus subordinados le abandonaban quedaría completamente solo.

—Sí, ya entiendo. Por ello os aumentaré los beneficios correspondientes de lo que saquemos y además os propondré para el cargo de sargento. Me interesa vuestra colaboración.

—Esto está mejor, teniente —arguyo Smoll, retirándose.

Antes de pasar bajo el dintel, Barry Pittsburg añadió:

—Y no os preocupéis por «Mistress Death». Le haremos morder el polvo.

Smoll fue a responder, pero calló y asintió con la cabeza.

Pensó que también creyeron acabar con ella cuando la motora y, sin embargo, el sargento pereció después a sus manos. Mas, las promesas del oficial acucian su ambición y le incitan a no hablar.

Media hora después, el «Ford» particular del teniente se detuvo ante el San Francisco Night Club. En su interior también iban los dos agentes, vestidos de paisano. Trabajaban ya en nombre del hampa y no de la ley.

—Muchachos, hemos de entrar con toda normalidad, No quiero que se organice ningún escándalo. Entre el público seremos unos clientes más. Tened en cuenta que vais con indumentaria civil y ello nos podría acarrear algún disgusto serio.

—O. K., teniente. Si hay que dar leña a Percy Evans lo haremos en silencio.

—Así lo espero y ahora, adentro.

El trío penetró en el local. No estaba demasiado concurrido,

pero el ambiente era alegre.

La orquestina ejecutaba algunas piezas bailables y Pittsburg, siempre seguido por sus secuaces, se dirigió a la barra.

Joe le reconoció en seguida.

—Buenas noches, teniente. ¿Desea una copa?

—Hola, Joe. ¿Dónde está Sandra?

—No sé, ella va arriba y abajo —respondió vago, procediendo a sacar un vaso.

—No seas imbécil. Dime donde está sino quieres que te empapele. Sabes que puedo encontrar motivos sobrados para hacerlo.

—Verá, teniente, creo que la he visto subir a su habitación —carraspeó Joe.

El oficial, que había cogido la muñeca del *barman* para dar más fuerza a sus amenazas, la soltó. Hizo una seña a sus subordinados y se encaminó a la vivienda. Mientras, Joe maldecía por lo bajo.

Subieron por la escalerilla de caracol tratando de no hacer ruido.

Cuando estuvieron en el corredor superior, donde se abrían puertas a ambos lados, Pittsburg advirtió:

—No quiero que escape. Sacad la artillería, aunque no la empleéis aquí dentro sino es absolutamente necesario.

Dos «Colt» del 45, de cañón largo y oscuro, aparecieron en las manos de los agentes. Evans iba a pagar cara su osadía de enfrentarse a Pittsburg, un tipo duro e implacable que no perdonaba.

El teniente abrió la puerta sin llamar, sorprendiendo a la cantante que estaba acabando de colocarse los tirantes de su atractivo vestido blanco.

—Buenas noches, «Fire Woman».

—Creí que era usted un *gentleman*, teniente, pero abrir las puertas de ese modo no lo demuestra. Además, creo que se equivoca. Mi sobrenombre es «Ice Woman», no «Fire Woman».

El oficial hizo entrar en el camerino a sus dos acompañantes, cerrando inmediatamente.

Sus ojos no presagiaban nada bueno y los labios respondieron mordaces:

—Soy un caballero cuando trato con señoras o señoritas. Contigo es diferente.

—¡Grosero! —increpó Sandra, furiosa, advirtiendo los revólveres que empuñaban los agentes.

Estos parecían saborear de antemano una escena violenta.

—Vamos, monada, quieta la lengua para los insultos y muévela rápida al contestarme. No tengo demasiada paciencia.

La mujer se mordió los labios, comprendiendo que no podía hacer nada contra tales individuos. Eran unos «gángsters» de lo más bajo, pero al mismo tiempo representaban a la ley y ello les hacía invulnerables.

—¿Dónde está «El Mosca» o si lo prefieres, tu amante?

La mano larga y blanca no pudo contenerse y cruzó dos veces el rostro del teniente. Este frunció el ceño, achicó los ojos e insultó:

—¡Ramera!

Con la diestra de canto golpeó el rostro femenino, lanzándola de espaldas contra el luminoso tocador.

—¡A ti y a tu amiguito se os va a caer el pelo para siempre! —rugió mirándola fieramente.

La mujer, algo más repuesta y tocándose la mejilla dolorida con la mano izquierda, se aproximó al oficial.

—¡Cuidado! —avisó Smoll al advertir que la mano de Sandra sostenía algo que no pudo precisar exactamente.

Los dos agentes se adelantaron. Pittsburg trató de apartar la cara, mas las agudas púas del peine que empuñaba la joven se clavaron en su carne. Dio un violento tirón, como si fuera una sierra, y dividió la mejilla en dos.

—¡Maldita p...! —Las imprecaciones fueron ofensivas de la garganta del sorprendido y maltrecho teniente.

Llevó sus manos al tajo y éstas quedaron chorreando sangre.

Low y Smoll sujetaron a la muchacha que trató de defenderse como un felino, empleando uñas y dientes.

—¿Te das cuenta de lo que me has hecho?

—¡Y si me sueltan estos perros que ladran a tus órdenes, volveré a hacértelo!

La presa en sus brazos aumentó, haciéndola gemir de dolor.

—¡No te preocupes, que yo sé tratar a las prostitutas indómitas como tú! ¡Agachadla!

Los dos secuaces obedecieron pese a la resistencia ofrecida por Sandra.

—Volcadla sobre la mesita del tocador, así no podrá moverse. Es preciso que pruebe mi cinturón.

Derribando tarros y botellas de cosmético, la joven fue colocada boca abajo sobre el tablero. Pittsburg se acercó y sin contemplaciones le desgarró el vestido dejando la espalda al descubierto.

Con lentitud estudiada se quitó el cinturón y lo dobló en dos, cogiéndolo por las puntas.

—¡Ahora te enseñaré a ser más sumisa!

Sandra cerró los ojos y clavó las uñas en sus palmas cuando el primer azote marcó su nivea piel.

—¿No la matará, teniente? —inquirió Smoll ligeramente alarmado.

—¡No seas tan sensible, imbécil!

La flagelación prosiguió. A cada golpe, el cuerpo femenino sufría una contracción y los gemidos escapaban sordos de sus labios.

El brutal Pittsburg suspendió el castigo cuando vio que la mujer doblaba sus rodillas y quedaba suspendida por los brazos que atenazaban los policías.

—Bueno, ya tiene bastante. Cubridla con un abrigo.

El individuo que, abusando de su autoridad se había convertido en un «gángster» depravado, se colocó el cinturón tras limpiarlo con el blanco vestido de Sandra. Volcó el biombo, levantó la cama y fisgó en el armario.

—¡Por aquí no está ese maldito «Mosca»! Nos la llevaremos y él, como buen príncipe azul, correrá a salvarla.

«Ice Woman», tapada con un abrigo oscuro, fue mantenida en pie por Low y Smoll, ya que por sí sola no tenía fuerzas para guardar el equilibrio.

El oficial se aproximó al espejo y miró su rostro abierto por el tajo y lleno de sangre. Maldijo sin recato e, inmediatamente, cogió un lápiz labial escribiendo sobre la luna:

«Si quieres a tu amor, búscala en el muelle 23, lancha *Pinky*»

—Vamos y al pasar por la sala, hacedlo rápido. No quiero llamar la atención —ordenó.

Los tres hombres, llevando en volandas a la maltrecha cantante,

abandonaron el camerino.

En el club sólo Joe captó lo ocurrido, mas no se atrevió a enfrentarse con los hampones. Sabía de antemano que no iba a conseguir nada.

Una vez en la calle, subieron al «Ford». Pittsburg ordenó:

—Llevala a la lancha *Pinky* y vigiladla bien. Si aparece «El Mosca» antes de que yo llegue, lo quiero vivo, aunque esté herido. Voy a hacerme una primera cura en el tajo que me ha abierto esta golfa.

El automóvil arrancó, sumergiéndose en las luces nocturnales de la ciudad.

Pero los traidores miembros de la Metropolitana ignoraban que alguien, amparado en la oscuridad, les había estado vigilando estrechamente.

El «Chrysler» último modelo, color oscuro y pulimentado con esmero, arrancando reflejos de las luces de la ciudad, frenó sus neumáticos sobre el asfalto húmedo.

—No te necesitaré más por esta noche —dijo el hombre de cabeza serena y cabello plateado que se sentaba en la parte posterior del lujoso automóvil.

—Bien, señor. Ya sabe, si me necesita sólo tiene que telefonarme.

—Lo sé, Emil, lo sé.

John F. Bryan se apeó del coche y anduvo hacia su casa, subiendo los peldaños que la separaban de la acera.

Tras voltear el llavín en la cerradura, pasó al interior de la vivienda.

Una cincuentona de mirada avispada y manos burdas salió a recibirle.

—Buenas noches, señor Bryan. ¿Cómo ha ido hoy su labor?

—Como siempre, Maggy, como siempre. ¿Alguna novedad?

—No, señor Bryan, ninguna. Como usted tiene ordenado que todo se le pase a su despacho, en cuanto llama alguien sólo hago que darle el número del despacho y asunto concluido.

—Así debe ser, Maggy. Allí tengo mis ayudantes. En fin —suspiró largamente— deseo descansar. Creo que me lo merezco. Chicago no es una ciudad tranquila y da mucho trabajo a un hombre que se preocupa de ella como yo.

John Bryan, tras dejar el abrigo en manos de Maggy, se dirigió a la escalera que conducía a las habitaciones superiores de aquella casa individual de planta y piso. Arriba, John Bryan tenía su despacho biblioteca en el que se encerraba cuando quería aislarse y junto a éste su alcoba.

—Señor Bryan...

El interpelado se giró hacia la mujer.

—¿Desea cenar algo?

—¿Cenar? Ah, no, ya lo he hecho. Siempre resulta más práctico hacerlo en un restaurante, así te evito tener que limpiar platos.

—Muy amable el señor, pero si quiere que le prepare algo.

—No, gracias. Si necesitara algo ya te llamaría.

—Como usted desee, señor Bryan. Que pase buena noche.

—Eso espero. Últimamente, los problemas que me da este infatigable Chicago no me dejan conciliar el sueño a gusto.

Parecía que fuera a ascender la escalinata con movimientos de fatiga. Sin embargo, pese a su edad, Bryan se conservaba ágil, no en vano cada mañana hacía sus ejercicios gimnásticos con su profesor de cultura física.

No, John F. Bryan no era un hombre que vegetaba, pese a que muchos lo creyeran así.

Se dirigió a su habitación. Cambió sus ropas por un ligero pijama y se dispuso a meterse en la cama. De pronto, estando sentado sobre ésta, vio luz por debajo de la puerta que intercomunicaba su despacho biblioteca con la alcoba, sin necesidad de salir al pasillo.

Bryan frunció el ceño.

—¡Maggy! —llamó.

No obtuvo respuesta, y la luz del despacho seguía encendida.

—Esta Maggy se está haciendo vieja y comienza a dejarse las luces encendidas. Mientras un día no me despierte rodeado de llamas —se quejó.

Abandonó la cama sobre la que estaba sentado y tomando la bata caminó hacia el despacho mientras se anudaba el cinturón.

Al abrir la puerta, lo primero que vio fue la luz de la lámpara de pie encendida. Era la única luz de la estancia. Lo segundo que vio fue a un hombre joven, de aspecto dinámico, sentado cómodamente en su sillón giratorio oscilando a derecha e izquierda como si se complaciera en ello. Aquel hombre era Percy Evans, un hombre que a John Bryan nada le diría.

—¿Qué significa esto, quién es usted?

—¿Yo? Bah, no importa mi nombre. Sólo soy uno más de los millones de seres que habitan en esta guarida de ratas llamada Chicago.

John Bryan hizo desaparecer la sorpresa de su rostro y puso en él una mueca irónica. Era un sujeto con nervios bien templados y acostumbrado a pasar las situaciones más sorprendentes sin pestañear siquiera.

—Sino me dice su nombre, dígame al menos cómo ha entrado aquí. ¿Acaso le ha abierto la puerta mi ama de llaves?

—Vamos, vamos. ¿Pregúnteme mejor por dónde he entrado?

—Está bien, seguiré su cinismo. ¿Por dónde ha entrado?

—Por la ventana —y señaló hacia ésta, que aparecía cerrada por dentro.

—Imposible, no puede haber entrado por la ventana. Es demasiada altura la que la separa de la calle.

—Vamos, vamos, señor Bryan, creí que era usted un hombre que no se sorprendía de nada.

—Pues ya ve, también tengo mi capacidad de sorpresa y no acabo de creerme que haya podido subir por la ventana.

—Digamos que tengo algo de mosca —comentó Percy, burlón, sin dejar de moverse en el sillón giratorio.

—Sea quien fuere, creo que esta absurda situación debe tener su punto final. ¿Sabe quién soy?

—Naturalmente. Antes ya le he llamado señor Bryan.

—Es usted muy audaz, amigo, pero el conocer el nombre no significa saber que...

—¿Que es usted el jefe superior de la Metropolitana de Chicago?

—¿Y no teme que haga venir a mis hombres para que lo arresten por allanamiento de morada?

—No lo hará. Es usted inteligente.

—Aparte de eso, no tiene por qué estar tan seguro de que no voy a llamar a mis hombres.

Percy sonrió, aunque en el fondo no tenía deseos de hacerlo. Habían demasiadas cosas que le preocupaban.

—Porque usted sabe perfectamente que no he venido

—¿Y usted cree que la mantienen?

—No sea mordaz, amigo. Después de todo, por muchos policías que tenga una ciudad, jamás se librará de la delincuencia. La policía es como un purificador de sangre. Los pulmones la dejan limpia, pero cuando la sangre pasa por otros órganos se vicia. Es inevitable y siempre hemos de estar nosotros purificando.

—¿Y qué sucede cuando el vicio, el crimen, están dentro de ese mismo pulmón purificador de que me ha hablado?

—Parece que este diálogo está apuntando ya a un camino. ¿Qué insinúa? Hable claro, por favor.

—¿Me creería si le dijera que hay policías que son tanto o más delincuentes que algunos hampones barrio- bajos?

John F. Bryan endureció los músculos de su cara. Luego, miró fijamente a su extraño visitante que seguía interrogándole con sus ojos. Al fin, repuso:

—Debería decirle que el cuerpo de policía es íntegro, sin fisuras, pero no me siento con ánimos de hacer apologías como si estuviera ante una cámara de televisión. Sí, sé que hay manzanas podridas en el cesto como hubo un Judas entre doce hombres buenos. ¿Su propósito es denunciarme a alguien en especial?

—Si lo hiciera, ¿qué ocurriría?

—Naturalmente, se abriría una investigación. No me agrada tener a mis órdenes sujetos como los que usted indica, claro que siempre que eso sea verdad.

—¿Valdría la palabra de un hombre acusado de delincuente por esos propios policías?

—Es un problema difícil el que trata de plantearme. —Bryan se acercó a una caja de tabaco. La abrió y sacando un cigarro preguntó —: ¿Quiere uno?

—No, prefiero cigarrillos.

—Como quiera, aquí tiene —dijo Bryan, lanzando al aire un paquete. Sonriendo, agregó—: No tema, no voy a hacerle una trastada. Sus pupilas son muy sagaces y observadoras. Vigilan C3da uno de mis movimientos.

—Es lógico que sea así cuando uno se juega la vida, ¿no le parece?

Bryan vio cómo el joven prendía fuego al pitillo y luego aspiraba el humo con fruición.

—Bien, a la pregunta de antes le contestaré que si a su casa a robar. De ser esa mi intención, usted no me hubiera descubierto.

—Una opinión demasiado gratuita. Sepa, joven, que no he llegado al cargo que ostento siendo un imbécil.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Vamos, que ha venido usted a charlar conmigo, ¿no?

—Sí.

—¿De qué y sobre qué?

—Verá, señor Bryan, voy a hablarle de amigo a amigo, de hombre a hombre, aunque no sé si cometo una estupidez fiándome

de usted.

—Tanto si comete una estupidez como si no, si quiere hablar conmigo tiene mi despacho y a horas de oficina. Es demasiado original la forma de entrar por una ventana y allanar la morada del prójimo. Ahora, señor mío, sino se marcha por donde ha venido, le haré prender.

Tras aquel ultimátum, el jefe superior de la policía Metropolitana se dirigió al teléfono tomando el auricular.

—No lo haga, señor Bryan, no vale la pena. Yo me marcharé inmediatamente después de hablar con usted y créame, necesito saber que todavía queda gente honrada en esta cochina ciudad.

—Está bien. —Colgó el auricular—. No sé si estoy haciendo el idiota al escuchar a un inadaptado o a un demente, quién sabe.

—Cuando termine de hablar, llame a sus hombres o al manicomio, como le parezca mejor, pero le advierto que no llegarán a tiempo para cogerme. Soy bastante rápido de piernas. Estoy acostumbrado a huir.

—¿Es acaso un fugitivo de la justicia que desea entregarse voluntariamente?

—Soy un fugitivo de la muerte, señor Bryan.

—No haga frases trágicas, por favor —dijo pesadamente— y explíquese con fluidez, que pueda entenderle. Tengo sueño y no deseo pensar demasiado, aunque me temo que le iría mejor consultar con un abogado o con un siquiatra en vez de charlar con el jefe superior de policía.

—Un delincuente sin relevancia tiene poco interés para usted, ¿verdad? Hay cientos de G-men que se encargan de ellos.

—Exacto. La ciudad es grande, la delincuencia también y precisa de muchos hombres que mantengan la justicia.

—Y usted les acusa a ellos y ellos le acusan a usted, un jurado imparcial dará más crédito a un agente de policía que a un digamos delincuente.

—Y si es más que agente, me refiero a si lleva galones, el jurado será más que parcial.

—Amigo mío, tenga en cuenta que una placa de policía representa mucho. Hay mucha gente que confía en ella y por ende en el hombre que la lleva.

—De lo que se deduce que habría de poseer pruebas para acusar

en firme.

—Por supuesto. Sin pruebas sería usted quien fuera a dar con sus huesos en la cárcel.

—Un feo panorama.

Bryan, pensativo, se dejó caer en un butacón. Comenzaba a interesarle aquel diálogo sostenido con un desconocido. Aspiró el humo de su cigarro y luego lo exhaló con lentitud, dirigiendo una difuminada columna hacia el techo.

—Creo que está metido en un buen lío, y eso que desconozco lo que ha hecho hasta ahora.

—Yo también creo que estoy en un lío y me agradaría saber qué opina la ciega justicia de todo esto.

—Confíeme sus nombres. No haga ninguna acusación y déjeme a mí que investigue. Veré si es cierto o no lo que está insinuando.

—No, ya es demasiado tarde. Ellos han hecho demasiado daño.

—Por el daño que hayan hecho serán castigados.

—Si se les puede probar algo, señor Bryan. Son demasiado astutos y además, un buen abogado hace milagros.

—¿No tiene fe en nosotros?

—No, hasta que haya terminado con la limpieza.

—¿Insinúa que está hostigándolos?

—¿Qué puede sucederme si mato a un policía?

—La silla eléctrica, por supuesto.

—¿Y si ese policía es un criminal?

—Eso tiene que decidirlo un juez y no usted. No puede matar a nadie, no puede tomar la justicia por su mano por mucho daño que le hayan hecho.

—¿Y si la muerte ocurre en defensa propia?

—Podría salir en libertad, pero recuerde que tiene que demostrarlo o de lo contrario no iba a salvarle ni el propio presidente de la nación.

—Sí, eso me temo, pero con franqueza, no creo en ustedes. Los agentes que conozco son astutos, sádicos. No puedo ponerme en manos de nadie hasta que tenga pruebas.

—¿Cómo piensa conseguirlas? —preguntó Bryan, interesado.

—Todavía no lo sé.

—Si usted me trae pruebas, pruebas que valgan ante un jurado, le juro que le ayudaré. Tenga fe en mí. No todos los agentes son

como los que usted me está pintando.

—¿Será capaz de poner en marcha su poderosa máquina policial en contra de varios de sus propios agentes? —inquirió incrédulo.

—Sí, aunque fuera contra mí mismo. La prueba es que le estoy escuchando cuando debería haber telefoneado ya a la estación de policía más próxima o tratado de sacar un revólver para reducirle. Llevándolo a una comisaría lo haría hablar y me enteraría de todo. Después, obraría como mejor creyera. Sin embargo...

—Sin embargo, está escuchándome porque el corazón le dice que tengo razón.

—Quizá.

—Bien, señor Bryan, ya estoy algo más tranquilo. Intentaré conseguir esas pruebas. No se aleje del teléfono por si me hace falta una digamos ayudita. Pero si sale el sol y no ha tenido noticias mías, encargue una corona para un tal Percy Evans. Se la agradeceré desde el otro mundo.

Tras revelar por primera vez su identidad, Evans se puso en pie dirigiéndose a la ventana. Bryan caminó tras él.

—No, no puedo dejarle marchar así. Deje que mis hombres le ayuden, mejor dicho, que ellos hagan el trabajo. Cobran para esto, usted no. Usted sólo puede complicar las cosas.

Percy sonrió con sarcasmo.

—¿Y puede usted asegurarme que los hombres que enviaría a protegerme no son los mismos que me iban a asesinar por la espalda para no ser descubiertos jamás? No, señor Bryan. Manténgase al lado del teléfono.

—Percy Evans, ignoro si es su nombre verdadero o supuesto, pero sea quien sea, le deseo suerte. Sé que va con la verdad en la mano.

—Espero no defraudarle.

John Bryan lo vio desaparecer por la ventana y se dijo que, en efecto, aquel hombre de vigorosa vitalidad tenía algo de mosca.

Instantes después, llamaba a sus subordinados para que tuvieran preparados varios coches patrulla bien armados y dispuestos a entrar en acción cuando él lo requiriera.

Situó después su sillón junto al teléfono y cruzando sus manos por encima del cuerpo se dispuso a esperar.

Barry Pittsburg cubría su rostro con un gran apósito pegado mediante una tira de esparadrapo. Abrió la puerta del único camarote que poseía la lancha y penetró en el interior.

—¿Qué, muchachos, apareció ya por aquí ese indeseable? —preguntó a guisa de saludo.

Con un movimiento de cabeza, Low le indicó que no

Inmediatamente, Pittsburg advirtió que Sandra se hallaba estirada boca abajo sobre la litera. Su espalda aparecía curada y cubierta con gasas de forma burda pero eficaz.

—Vaya, veo que os ha dado por la medicina.

—Ha sido Smoll. Dice que si no la curamos se morirá —apuntó Low, queriendo evadirse de las iras de su jefe.

—¿Seguro que se moriría, Smoll? —inquirió el teniente con burla.

El agente, señalándola con el índice, objetó:

—Es una mujer.

—¿Y qué? Ellas se pudren igual que nosotros y sino lo crees, levanta la tierra de sus tumbas. Además, me da lo mismo que se vaya al infierno o siga viviendo. No he de perdonarle lo que me ha hecho.

Pittsburg se llevó la mano sobre el apósito y esbozó un gesto de dolor. Por su parte, la joven había recobrado el conocimiento, pero prefería no abrir los ojos y escuchar. Sentía un hormigueo punzante en su espalda, que la obligaba a apretar los dientes para no quejarse.

—Hemos de esperar a que aparezca nuestro hombre y será mejor distribuarnos. El yate no es muy grande, pero se puede circular bien por el exterior, alrededor del camarote y me inclino a creer que vendrá armado.

—Si vigilamos la pasarela no subirá a bordo sin que le veamos —opinó Low, comprobando el tambor del «Colt».

—También puede venir nadando y subir por el ancla de proa —agregó Smoll más perspicaz.

Y fue el teniente, como siempre, quien tuvo la última palabra.

—Tú, Smoll, te apostarás en la proa y Low en la popa. Pegaos al suelo para que no os descubra. Yo aguardaré aquí dentro vigilando a ésta, qué ha de servir de rehén en caso desesperado.

Los dos agentes, empuñando sus revólveres, ascendieron la escalerilla.

Low abrió la puerta para salir a cubierta cuando en el marco apareció lo imprevisto, que les dejó estupefactos y aterrados a la vez.

—¡«Mistress Death»! —exclamaron los tres hombres.

El espectro iba vestido masculinamente y un sombrero cubría su cabeza. Su diestra enguantada sostenía una. «Luger». Les miraba obsesivo, amenazador.

—¡Acabad con él! —gritó Pittsburg.

Low levantó el cañón e hizo fuego, pero ya era demasiado tarde.

La Muerte disparó primero, dibujando un orificio en la frente del «gángster». Este se desplomó hacia atrás, haciendo fallar el tiro de su compañero.

El teniente sacó también su pistola, pero en el marco de la puerta ya no había nadie. La hoja de madera golpeó, impulsada por el viento y produciendo chirridos en sus goznes que excitaron los nervios de los G-men.

Smoll se apartó de encima el cadáver y cerró inmediatamente la luz, sumiendo la nave en las tinieblas.

—¿Por qué has apagado? —interrogó obsesivo el oficial, casi temblándole la voz.

—Si estamos a oscuras, «Mistress Death» no nos verá.

—Confiemos que ese evadido del infierno no taladre las tinieblas con sus ojos.

Un silencio denso les rodeó. En apariencia no había sucedido nada, mas el olor a pólvora quemada no les dejaba creer en una posible pesadilla.

El agente se acurrucó en un rincón y Pittsburg comenzó a llenar los millares de cráteres que dibujaban su rostro con gotas de sudor.

—¡Espectro del diablo, seas quien seas, te advierto que aquí hay una mujer y si intentas algo, le llenaré los sesos de plomo!

Sólo el silencio obtuvo por respuesta.

—Teniente, yo controlaré la puerta y usted cuide de las ventanas.

—Si, será mejor. Si «Mistress Death» huye cuando le vamos a disparar es que teme nuestras balas y por ello no hemos de caer en la superstición de creer que es un fantasma. Cuando asome la cara hay que agujerearlo.

Sandra permanecía callada. Sentía a su lado la respiración jadeante y el olor a sudor que despedía el cuerpo de Barry Pittsburg, quien apoyaba el cañón sobre su frente.

Un sobresalto hizo vibrar sus nervios.

El cristal que daba a la proa de la lancha fue golpeado con algo contundente y estalló en pedazos. Tanto Pittsburg como Smoll dispararon hacia la abertura, mas el vacío engulló sus proyectiles.

—Teniente, esto es una guerra de nervios. Ese miserable quiere hacernos salir aterrados.

—Pues yo no estoy dispuesto a secundarlo. No tengo ganas de que me liquide como a Low.

—¿Se da cuenta, jefe? De los cinco que estábamos a sus órdenes para enriquecernos abusando de nuestra autoridad, sólo quedamos usted y yo.

—¿Qué pretendes decir? —interrogó nervioso, sin apartarse de Sandra, a la cual consideraba una especie de salvavidas.

—Empiezo a sospechar que ese «Mistress Death» ha sido creado para destruirnos y que no cesará en sus intentos hasta acabar con todos. Sólo faltan dos vidas para saciar su sed de cadáveres.

—¡No se saldrá con la suya! Recuerda que en el muelle le hicimos sangrar y ahora acabaremos con él.

—No lo conseguiréis. «Mistress Death» os arrancará el corazón —aseguró Sandra, alzando la voz—. Y tal como desea, mañana os pondrán seis pies de tierra encima.

Pittsburg, irritado, increpó:

—¡Calla, estúpida, sino quieres que te despelleje aún más!

—Puedes hacer lo que gustes, tu fin ya está próximo. La ley necesita hombres sanos y no podridos como vosotros que abusando de vuestro cargo os habéis hartado de cometer delitos.

Podía decirse que los monótonos tic-tacs de los relojes de pulsera se escuchaban en aquel silencio impresionante. Hasta ellos llegaba el viento y el chirriar de la puerta. A intervalos, también las aguas grasientas golpeaban rítmicamente el casco de la embarcación.

Un ligero siseo, algo que resbalaba, fue captado por los «gángsters» que agudizaron sus oídos hasta lo imposible. La expectación se hizo más patética. El menor descuido significaba pesar unas onzas más por el plomo ingerido y no precisamente por la boca.

Nadie osó decir nada, pero ya los tres personajes habían advertido que en el interior del camarote existía una cuarta respiración que no era la de Low que había regresado a la vida.

Smoll, despacio, pulgada a pulgada, fue elevándose. Sus músculos se tensaron. Su diestra empuñaba firmemente el «Colt» y la izquierda, con infinito cuidado, palpó la pared hasta tropezar con el interruptor. Sin esperar a más, le dio la vuelta.

El camarote se llenó de luz, iluminando la trágica escena.

Estirada en la litera, Sandra. A su lado, Pittsburg la encañonaba con la pistola.

En el centro de la estancia destacaba el cadáver de Low y Smoll, erguido, apuntaba al quinto personaje que se hallaba boca abajo e intentaba deslizarse hacia el interior, resbalando por la escalera.

—¡Un movimiento más y te frío! ¡Suelta tu artillería! —conminó el agente, dando por segura la jugada.

Pittsburg miró, no sin recelo, la faz cadavérica. Al ver que se resistía a soltar la «Luger», amenazó:

—Si no la tiras, acabo con ella.

«Mistress Death», con un desaliento que se traslucía en sus ademanes, dejó escapar el arma quedando a merced de sus enemigos.

El oficial, con una exclamación de júbilo, saltó apoderándose de la pistola que guardó en su bolsillo. Ya sin miedo, apuntó al extraño ser.

—Vamos, arriba. Tu poderío se ha esfumado.

La calavera se incorporó. Nada podía hacer. A menos de una yarda estaba encañonado por delante y por la espalda. Miró con odio intenso al oficial, quien dijo sarcástico:

—Siempre imaginé que alguien se ocultaba bajo esa máscara. Aún no sé si estás loco o simplemente eres un vengativo por algo que yo te he hecho. Pronto lo voy a descubrir.

Tras las cuencas de la Muerte, que deberían estar vacías, se ocultaban dos ojos vivos que inútilmente buscaban una posibilidad

de salvación.

Pittsburg extendió su mano y de un zarpazo, pues llegó a clavar sus uñas en la careta, la arrancó.

—¡Demonios! —exclamó sorprendido—. ¡Si es nuestro buen amigo «El Mosca»! ¡Debí figurármelo! ¿Qué te parece, Smoll?

—Que es una suerte que hayamos terminado con esta pesadilla. Enviándolo al infierno podremos seguir tranquilos con nuestras actividades.

—Si no soy yo, alguien acabará con vosotros, pues aunque me matéis nacerá otro «Mistress Death» que os colocará bajo seis pies de tierra.

El teniente profirió una carcajada.

—¿Qué pretendes, que me ponga a temblar o acaso me redima? Lo cierto es que ya finalizó tu carrera. No obstante, debo felicitarte por lo hábil que has demostrado ser cargándote a cuatro de mis hombres y de los modos más originales. Es una lástima. Podías haber trabajado para mí con pingües beneficios, pero ahora ya no puede ser.

—Tampoco hubiera aceptado. Sólo he cometido un robo y de él no saqué ni un centavo.

—Oye, siento curiosidad por saber de qué medios te serviste para escapar de la motora en el muelle industrial.

—Os engañé. Creísteis que me estaba asando cuando en realidad sólo era una careta puesta encima de un saco. Puse la embarcación en marcha y yo me largué mientras vosotros os entreteníais gastando plomo en una simple máscara. Me fue fácil conducirlos a la motora dejando un pequeño rastro de sangre que no pasó de ser un jugo de tomate.

—Smoll, prepara tu revólver. Le vas a colocar dos o tres balas. Quiero estar bien seguro de su muerte y tú monada, mira por última vez a tu amante que ha tenido la gentileza de acudir corriendo a salvarte de mis garras.

Pittsburg, en su alegría, profirió una carcajada.

—Puedes estar satisfecho, teniente. Has destruido a «Mistress Death» o mejor dicho, vas a destruirme.

—Por supuesto. Me has dado demasiado trabajo y no voy a perdonarte.

—Antes de morir, ¿podría saber si he sido yo vuestra única

víctima?

—No, no has sido la única, la primera ni serás la última. Sé cómo presionar a unos cuantos delincuentes para que trabajen para mi. Es más seguro. Así no dejo pruebas y nadie me descubrirá jamás.

—Alguien acabará con usted, teniente —dijo Sandra desde la litera.

—No será «Mistress Death»... Anda, Smoll, vacía tu cargador en él. Aquí no se oirán los disparos. Luego, haremos desaparecer el cadáver dentro de un saco y con el lastre de unas cadenas. En el fondo del lago nadie va a buscar a «Mistress Death».

Smoll acercó la boca del cañón de su pistola a la cabeza de Percy. Este no parecía intimidado. La muerte no le hacía temblar como esperaba el teniente.

—¡No lo maten! —suplicó Sandra, incorporándose.

El teniente Pittsburg lanzó una carcajada.

De repente, el cristal de una de las ventanillas saltó hecho pedazos y por el hueco aparecieron dos cosas que impresionaron a los policías: Era el cañón de una «Luger» y el rostro horrible del mutilado Bud.

—¡Muere, maldito! —Sonó la primera detonación.

Pittsburg saltó a tiempo, escapando de la muerte. Smoll giró su revólver hacia Bud y disparó. Por su parte, Percy entró en acción golpeando la mano armada de Smoll al tiempo que el teniente se revolvía hacia ellos disparando a bocajarro.

—¡No escaparás, maldito! —chilló fuera de sí ante la posibilidad de que Percy escapara de nuevo.

Smoll no tuvo suerte.

Percy lo empujó hacia delante tras arrebatárle el arma y el agente fue a parar contra el revólver empuñado por el teniente cuando éste tiraba del fatídico gatillo.

Smoll gritó de dolor. Se dobló hacia delante y luego se derrumbó pesadamente.

El teniente se tambaleó, pero hizo esfuerzos para mantener el equilibrio y al mismo tiempo disparar contra Percy. Sin embargo, éste fue más rápido y disparó perforándole el hombro.

El brazo de Pittsburg cayó a lo largo de su cuerpo sin fuerzas mientras la pistola escapaba de su mano. No obstante, la zurda trató

de apoderarse de la pistola que antes quitara al propio Percy.

—¡Mátalo, Percy, mátalo o él te matará a ti! —gritó Sandra.

El puño del joven fue a estrellarse contra el rostro de su enemigo mientras su diestra se apoderaba de la nueva arma.

—¡No volverás a utilizar esto, maldito!

Los puños de Percy Evans golpearon repetidas veces al teniente hasta que éste se derrumbó contra un ángulo del camarote. Al ver cómo Percy le encañonaba con el arma, suplicó:

—No, no me mates... Te daré dinero, mucho dinero, todo el que he robado...

—Eres un cobarde, teniente, un cobarde y ahora chillas asustado como una rata. Siento decirte que no seré yo quien te mate, sino tus propios compañeros.

—¿Qué? —preguntó asustado.

—Mira junto a la puerta. Allí está el micrófono de un magnetofón portátil que he tenido la previsión de traerme para que grabara cuanto aquí se ha dicho.

—¡No, no puede ser verdad! —chilló aterrado, incorporándose violento, y tratando de subir las escalerillas pese a estar herido.

Un nuevo puñetazo de Percy lo tumbó junto a los cadáveres de los dos agentes, sumiéndole esta vez en la inconsciencia.

—Vigílalo, Sandra. Voy a ver a Bud.

Salió a cubierta y descubrió al mutilado junto a la ventanilla desde la cual intentara acabar con los que le habían destrozado en vida.

Bud había sido alcanzado en el rostro y yacía muerto.

—Mejor así —musitó Percy, cerrándole los ojos—. Ya no sufrirás más. Te has portado como un valiente salvándome la vida.

Lamentando la muerte del amigo, tendió a éste en cubierta y luego recogió el magnetófono, parándolo. Ya había grabado lo suficiente.

Sandra permanecía en pie, apuntando con la pistola al inconsciente Pittsburg que seguía en el mundo de los sueños.

—¿Qué hacemos ahora?

—Lo primero, sujetar al teniente para que no escape. Hay que buscar una cuerda.

Les fue fácil encontrar en la embarcación una soga con la que atar al teniente que perdía poca sangre por su herida que no era de

gravedad.

—Ya está. Ahora, salgamos de aquí. La policía hará el resto.

—¿La policía? —repitió Sandra, temerosa—. ¿Y si te culpan a ti?

—No. He aprendido de alguien que cuando se sacan del cesto las manzanas podridas, el resto siguen siendo buenas.

Cogió por un brazo a la muchacha y llevando con la otra mano el magnetófono, abandonaron la embarcación.

Al cruzar la pasarela vieron el carrito del mutilado Bud y comprendieron que éste, tras abandonarlo, se había arrastrado por la pasarela y cubierta hasta llegar a la ventana desde la cual había tratado de exterminar a los causantes de su desgracia.

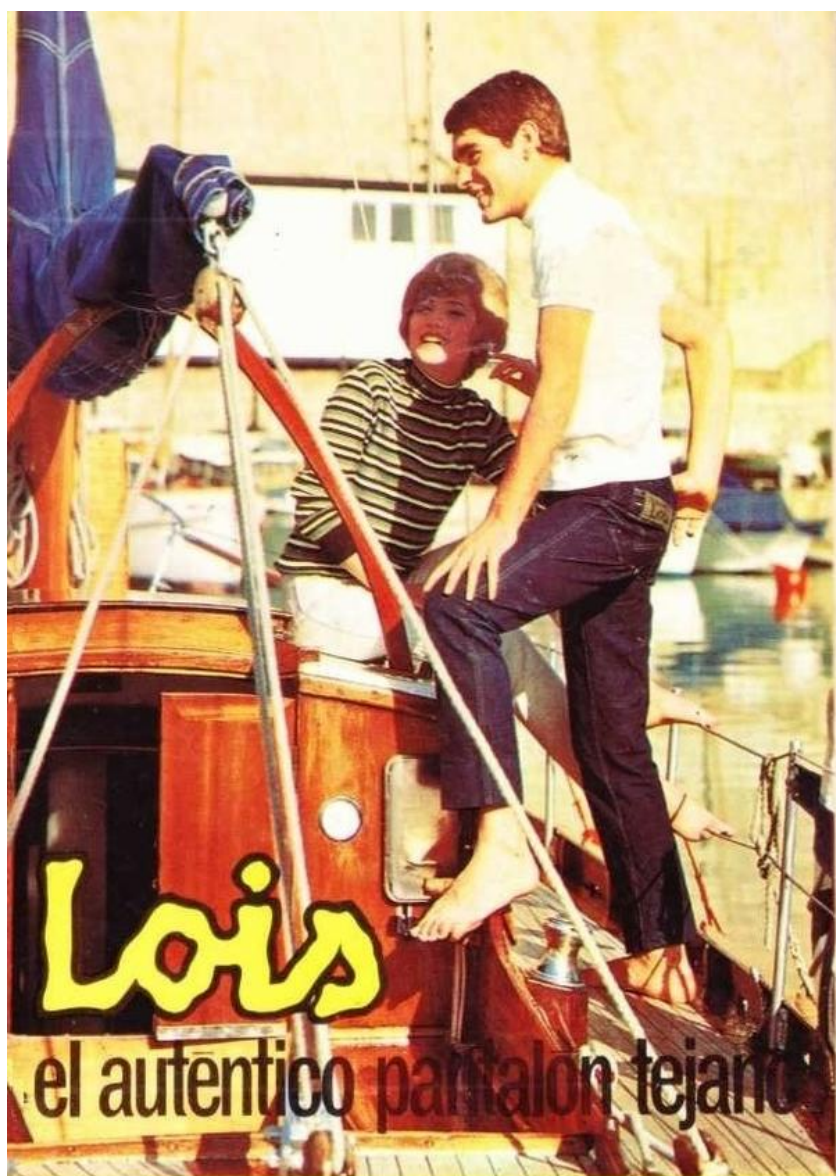
Percy arrojó a las aguas oscuras del Michigan Lake la careta de «Mistress Death», que se hundió lentamente mientras parecía sonreír.

—Ha muerto «Mistress Death», Sandra. Eso significa que después de que telefonee a alguien que está esperando y le entregue este magnetofón con la cinta grabada, un tal Percy Evans será tan tonto que no sabrá vivir solo. ¿Querrás tú hacerle compañía?

A la pregunta, Sandra respondió como su instinto le indicaba: un beso largo, casi salvaje, unió ambas bocas.

Luego, se separaron en silencio y caminaron sobre el empedrado húmedo del muelle de Chicago. No muy lejos brillaba la luz mortecina de una cabina telefónica. Tras aquel aparato feo, lleno de guarismos en sus discos, aguardaba una nueva vida, una vida que ya habían temido no llegara jamás para ellos.

FIN



Lois

el auténtico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.